PERIODICAL DIVISION • LIBRARY OF CONGRESS • JAN 18 1939

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVI | San José, Costa Rica **1938** Sábado 17 de Diciembre | Núm. 5

Año XX — No. 861

SUMARIO

La hora de Montalvo en Colombia

(En la entrega a Bogotá del busto de Montalvo, el 24 de octubre de 1938)

= Lecciones sacadas de *El Tiempo* de Bogotá, 25, octubre, 1938.=

Discurso del Ministro del Ecuador, Sr. Benjamín Carrión

Excelentísimo señor
Presidente de la República:

Hay horas que debieron haber sonado ya pero que, acaso para hallar mejor acento, se quedaron dormidas en el reloj de arena. La hora de Montalvo en Colombia es una de esas horas. La hora en que el símbolo de glorificación, mármol o bronce, del proscrito de Ipiales, halle sitio perenne en un lugar del aire colombiano, ha llegado. Precedida por las campanas de plata, de la anunciación de siglos para esta ciudad gloriosa, y por la estrella de cuatro picos que cuenta con su voz de luz a las gentes que Bogotá, desde su nacimiento, severa, sabia y recogida, ha ganado plenamente el derecho de que hasta su estrado matronil, de pulcritudes inefables, lleguen a saludarla, estilizando reverencias de galantería, los más altos y claros varones de las tierras de América.

Llega primero, porque derecho tiene para llegar primero, este don Juan. Derecho de grandeza y de altura, que no creo pueda ser disputado por nadie; y derecho de anhelo cumplido en la muerte, derecho de cariño, razón pascaliana del corazón. Porque don Juan amó de amor grande a Colombia. Porque don Juan es deudor de deuda grande a Colombia.

Y aquí, excelentísimo señor, quisiera la grave, la sonora voz de un versículo bíblico, para comenzar así esta parábola humana: en aquel tiempo... En aquel tiempo, Señor, en una de las provincias españolas del idioma, en una de las provincias territoriales de América, el Ecuador, era y hablaba don Juan Montalvo. En aquel tiempo—y en este tiempo, y en todos los tiempos—había en mi tierra—y en todas las tierras de la tierra—unos hombres que querían limitar la libertad el hombre, en nombre de una ambición o un ideal. Y había, como los hay y los habrá siempre, para honor de la especie, hombres que querían mantener, ampliar, engrandecer la libertad el hombre.

Alta figura de ideal fanático, egregia y tropical figura de hombre de fuerza, con *voluntad de poderío*, como después se diría; realizador potente y dominador terrible, gobernaba al Ecuador don Gabriel García Moreno. Pero frente al férreo hombre de mando, al autócrata cons-



Juan Montalvo
Busto de Mideros

tructivo, como en un caso feliz de maniqueismo al revés, surgió desde un valle plácido con clima fragante y nutricio de manzana y de flor, el adversario: Montalvo. Los dos, el demócrata y el *hombre fuerte*, llegaban a la inquietud civil, a la operancia política, después de haber bebido en las fuentes claras de la cultura occidental: el uno, Montalvo, en los libros que leyera Bolívar; el otro, García Moreno, en de Maistre y el abate Rohorbacher. Los dos, el cesarista y el libertario iban a sembrar, en tierra bien labrada por los arados de las guerras de la independencia, la semilla que, a cada cual, le parecía más propia para fructificar en nuestro trópico. Solamente que no dispusieron los dos de los mismos instrumentos de siembra: el uno, García Moreno, desde la activa, ruda y tropical militancia política primero, y luego desde las eficacias del poder; el otro, Montalvo, usando de las potencias permanentes de la idea y, tropicalmente también, de las posibilidades sustantivas del verbo. Los dos hicieron para mi pueblo y para América, obra grande; porque los dos eran así: grandes. Pero lo que nos sirve más para la edificación de América, es lo que hizo y dijo Montalvo, el esparcidor de ideas, el maestro de gritos inéditos de liberación, el encendedor de la luz: este Montalvo que hoy viene a quedarse en Colombia.

En esta eterna y caliente lucha de la libertad con la autocracia—eso fue toda la vida de Montalvo—tuvo varias veces que tomar el camino del destierro. Y fue entonces el gran diálogo de siete años entre Colombia y Montalvo; entre la tierra acogedora y materna y el hombre grande, rebelde y doloroso, que se deja acunar por ella. El capítulo más largo y más fecundo del escritor americano cumbre, es su época de destierro en Colombia. Siete años. Siete años como los que eran precisos para obtener el amor de una mujer, en las praderas de la Biblia. Siete años de meditar y de escribir bajo el cielo colombiano, para ofrecer luego al mundo del pensamiento y del idioma, *Los siete tratados*. Y en seguida, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* y muchas de las páginas más bellas y terribles de *Las Catilinarias*. 7 años colombianos en la vida de Montalvo, con cariño de pueblo comprensivo que lo respeta y lo acompaña, con cariño de mujer que le da hijos.

Montalvo viene hoy a Colombia porque la amó en vida y porque le debe en *la paz del villorrio* que horrorizaba a Rodó, horas de fecundidad, de contemplación interior, que tanto contaron en su obra. En ella, a cada paso, encontramos la frase de admiración, el signo de amor; y esa admiración y ese amor los compendia cuando alguna vez, en *El Cosmopolita*, llama a los colombianos con la que para él era la suprema expresión del elogio: los franceses de América. Y todos saben del amor inmenso del primer escritor americano por la Francia que guió su cultura y en la que representó el acto último del drama de su vida. Y refiriéndose a esa ciudad ilustre que hoy lo recibe y lo alberga, dijo: "Bogotá es una de las ciudades más cultas y entendidas de la América española, donde no escasean literatos buenos ni buenos ciudadanos: los granadinos tiran a ser en dicha América lo que los franceses en Europa,

lo que los atenienses en la Antigua Grecia, regenteadores y maestros del progreso humano".

Grandes voces colombianas, junto a las más grandes voces contemporáneas del maestro, hicieron su elogio y le rindieron pleitesía. Mientras desde Europa, el genio de la historia, César Cantú, le llamaba "honra del género humano", y sostenían diálogo epistolar con él Víctor Hugo, Lamartine, Castelar y Valera, desde esta Colombia de las generosidades, Miguel Antonio Caro escribía a Montalvo: "Siento una verdadera satisfacción de poder someter mis humildes producciones a un juez americano tan competente como usted"; y Rufino José Cuervo le escribía pidiéndole sus libros, con frases de abrumador elogio.

Mi país ha querido hacer una ofrenda de voluntad y espíritu a Colombia, en el año de años de su gran capital. Y para dar vida a ese deseo, buscó entre sus hombres, y halló pronto, al que había de bien representarlo: Montalvo. Y allí está: grande y duro, acusador y fuerte, como le viera Unamuno: recio, voluntarioso y libre, como lo interpretara Blanco Fombona; severo, clásico, haciendo ver en su estampa la capitanía máxima del espíritu hispanoamericano que le asignara Rodó. Vedle allí, hecho bronce por la potencia de su dominio sobre la muerte, por su poder de grandeza, engendrador de inmortalidad. Mideros, el escultor quiteño que lo modelara, siguió para hacerlo, las líneas matrices que le diera el gran rebelde de Venezuela que acabo de citar. Así lo evoca Blanco Fombona.

"Era don Juan Montalvo un caballero de estatura procera, tirando a cenceño, bien apersonado. La tez morena del hombre blanco nacido en los trópicos, con una gota tal vez de sangre indígena, daba un tono ambarino a su semblante; la rizada cabellera de azabache se ensortijaba sobre la frente amplísima formando un orbe de serpientes lucias; los ojos obscuros, grandes, luminosos, "se van, dice el propio Montalvo, se van como balas negras al corazón de mis enemigos y como globos de fuego celeste al de las mujeres amadas".

El Montalvo que hoy viene a quedarse en Colombia, no es sólo el hablista castizo, insuperado hasta hoy. Ni tampoco solamente el escritor de formación clásica, capaz de pasearse cómodamente en su tiempo, por todas las provincias de la cultura humana. El hombre que hoy viene a hacer a Colombia esta eterna visita de bronce es, esencialmente, un ecuatoriano integral, un tropical completo. Porque eso es mi tierra, altiva y orgullosamente: trópico. Sus hombres de hoy, los que aspiramos a edificar en ella una pequeña gran patria del espíritu, de la libertad y de la justicia, no tenemos ya ese importado y rastacuero gesto desdeñoso para la gran palabra mágica, señaladora suprema de nuestros destinos verdaderos: tropical. El Ecuador de ahora siente el orgullo de ser trópico; orgullo de clima y aire que redondean y maduran la naranja, que perfuman y hacen capitoso el cacao. De clima y aire que reducen la tragedia del *lied* doloroso de Heine, pues que puede ofrecer, en conversación vegetal de la montaña al valle, la vecindad del pino y la palmera.

El Ecuador que envía hoy a Colombia el presente del más grande de sus escritores es, excelentísimo señor, el pueblo que durante el sueño de oro, sangre y hierro de la colonia, edificó las maravillas de sus templos que vos habéis visto, señor, y celebrado tan generosamente. Es el pueblo que produjo los pintores excelsos de la escuela quiteña; los escultores que, en su propia época, superaron a sus maestros españoles, y que hicieron de Quito la ciudad más artista del continente, y uno de los sitios del mundo. Pero el Ecuador que mereció a Montalvo es, además,



Benjamín Carrión
(Hacia 1930)

y primordialmente, un pueblo viviente, que está edificando, con resolución extraordinaria, su futuro. Que algo ha conseguido en los amplios campos de la educación, de la liberación humana, de la justicia social.

Que la presencia de Montalvo en un lugar de aire colombiano, sea una presencia activa y estimuladora. Que sea la inicial de una obra de conocimiento y de colaboración espiritual que—hablando el franco y veraz lenguaje de la fraternidad—ha sido muy descuidada entre los dos países. Penoso es que en otros continentes hasta se ignore el nombre de nuestras tierras nuevas. Pero es más penoso aún que en comarcas fraternas de la cultura como lo son las nuestras, las aduanas del espíritu sólo dejan pasar los nombres grandes, con el sello oficial de la consagración definitiva. Y que en Colombia y el Ecuador, nos preguntemos todavía por Caro, por Isaacs, por Olmedo y Montalvo.

Me hago a la ilusión de que esta visita de Montalvo a Colombia, tenga el valor de la llegada de un Adelantado de nuestra actual inquietud espiritual. Que en seguida tengamos los hombres nuevos del Ecuador, el cuidado de hacer conocer a esta tierra fraterna, nuestra obra presente. De decir, por ejemplo, que en Guayaquil ha surgido el grupo de novelistas autóctonos más poderoso de América. Que a hombres jóvenes como José de la Cuadra, Alfredo Pareja, Aguilera Malta, Enrique Gil, se los ha traducido a la mayor parte de los idiomas cultos. Que la novela *Huasipungo*, de Jorge Icaza, ha sido vertida a once idiomas, incluyendo el japonés y el yiddish, y se han hecho de ella siete ediciones castellanas. Que escriben libros de alto valor continental Jaramillo Alvarado, Humberto Salvador. Que los tratados jurídicos de Angel Modesto Paredes, han sido citados para corroborar doctrinas, por eminencias universales tan altas como León Duguit. Que Jacinto Jijón y Caamaño, ha contribuido como nadie en América a esclarecer inquietadores y trascendentales problemas prehistóricos, haciendo colaborar con él a los más grandes sabios europeos. Y contar también que la escuela quiteña de pintura está en pleno florecimiento, con Egas, Mideros, Kingman. Que hemos llegado a la nacionalización y gratuidad integral de los tres grados de enseñanza: primario, secundario y universitario. Que todos los anhelos válidos de nuestros artistas, nuestros pensadores, nuestros hombres de ciencia, están dirigidos hacia la justicia e igualdad sociales.

Entonces, qué bello sería que Colombia, esta Colombia magnífica, nos haga saber el florecimiento extraordinario de su presente admirable! Que nos haga llegar sus libros, sus profesores, sus estudiantes. Que nos abra más sus ventanas de democracia y de sabiduría, en forma continua, permanente. Porque quisiéramos que su generosidad vaya más allá del milagro de avasallarnos con el poder inmortal de la *María*, para medio siglo después, volvernos a deslumbrar con la genialidad ciclónica de *La Vorágine*. Allá, en mi tierra, queremos saberlo todo de este país ejemplar. Que se nos ayude en este conocimiento.

Bien está, Señor, que nuestro abolengo de fraternidades arranque y se enraíce cada vez más en la Epopeya Magna y en los hombres excelsos de los libertadores. Pero para cultivarlo, bueno sería que al par que sonemos el clarín recordatorio de batallas y usemos la frase acuñada en metales sonoros, hagamos la efectiva y viva fraternidad del presente, apoyándola en los basamentos efectivos del conocimiento, de la cultura, de la economía.

Qué clima humano éste de la Colombia de hoy, excelentísimo señor, para ser grato al espíritu ancho y libre de don Juan! Y para que su llegada a esta nación de sus predilecciones tenga todos los más claros augurios, debo anotar el hecho precioso de que váis a recibir esa visita, en nom-

bre de Colombia, vos, excelentísimo señor. En nombre de un pueblo libre entre todos los pueblos del mundo; de una tierra que, además del oro y las esmeraldas de la leyenda sonora a carabelas, produce la planta que nos hace dudar si es árbol o es idea, si es emoción o fruto: el café; en nombre de la nación que siguió el dedo indicador de Santander y no se ha alejado del camino de la ley que el grande hombre señalara; de este país que produjo, con la *María* vallecaucana, la más bella música para que, tomados de las manos, al pie del árbol romántico, lloren todos los adolescentes enamorados de la América nuestra; en nombre de esta ciudad en cuyos jardines los pájaros ya no tienen miedo a que los niños les arrojen piedras; de este pueblo que aprendió el bien hablar de los labios untuosos y magistrales de Caro y Cuervo, y cuyos niños se durmieron oyendo el cuento lindo de *Simón el Bobito* y la canción de cuna *Los maderos de San Juan*, que no supo retener en el mundo al suicida inmortal...

Qué grato para el bronce de Montalvo, ser recibido por vos, excelentísimo señor Eduardo Santos! Por vos, el colombiano del presente con el cual más habría gustado platicar, en altura espiritual y ética, el gran Cosmopolita. El hombre americano cuyos esfuerzos de cultura he seguido con devoción y con cariño. El colombiano de colombianidad plena en sus aspectos esenciales: el valor civil permanente en más de media vida de obra, el sentido jurídico inquebrantable, el amor al espíritu y a la realización de la cultura. Vida pulcra, diamantina, alta. Para hallarle paralelo, se nos abre la historia por las páginas mayores: cuando se cimentaba en virtud y en dreecho la república romana.

Recibid, señor, a Juan Montalvo. Es el presente que el Ecuador hace a Colombia, cuando Bogotá ha cumplido cuatrocientos años.



Dr. Eduardo Santos

Discurso del Presidente de la República, Dr. Eduardo Santos

Excelentísimo señor:

Bienvenido don Juan Montalvo a esta tierra colombiana, suya por la admiración, afectuosa y etusiasta, que aquí lo ha acompañado siempre; por el amor que él profesara a Colombia y que le da título sobrado para contarse entre los nuestros; por la gloria de su obra espléndida, que hace al egregio hijo de Ambato ciudadano de toda la América.

La amistad entre Colombia y Montalvo no fue una pasajera amistad, sino hondo sentimiento mutuo, de vastas raíces. Don Juan vivió, como vos lo habéis recordado, señor ministro, más de siete años en tierras de Ipiales, tan fervorosa y noblemente colombianas. Llevó allí la vida austera del proscrito, allí escribió sus mejores obras, en una soledad acorde con su extraño temperamento, y nunca había de olvidar esa época, decisiva en su vida. En carta escrita desde París decía a su hermano Francisco en 1881: "Ya estoy suspirando por el cielo y el clima de Ipiales". Y más tarde, en vísperas de su muerte, repetía: "Si contara con medios de subsistencia en Ipiales, allá me fuera. Me acuerdo con amor de los Andes y sé decir que los días menos amargos y más tranquilos de mi vida han sido los de mi destierro a orillas del Carchi".

Bien pagado estaba ese amor de don Juan por Ipiales con el respetuoso e intenso afecto de nuestros compatriotas. Momento hubo en que el gobierno que el proscrito combatía quiso reclamar su entrega y contra tal pretensión se levantó enérgicamente el jefe municipal de la provincia de Obando, don Ramón Cerón, en documente lleno de amor y de nobleza que me place recordar en este homenaje. Se duele el señor Cerón de que alguien pretenda mezclar en ciertos incidentes nombres como el de don Juan Montalvo que, dice, "no se pueden pronunciar sino en casos grandes y con respeto", y agrega: "Cúmpleme decir que es tal la simpatía de que el señor Montalvo goza en estos pueblos, simpatía fundada en su carácter y su comportamiento, no menos que en su amistad declarada por Co lombia, que una demostración contra él en todo caso habría ofendido altamente al público".

Ante este admirable busto que en nombre del Ecuador nos ofrecéis en frases elocuentes y para mí tan gallardamente generosas, que nunca podré recordarlas sin hondo reconocimiento; ante esta soberbia obra de arte que con gratitud y emoción recibo en nombre de Colombia, deposito como la más fresca ofrenda floral el recuerdo de los días que don Juan pasara en Ipiales y que le dan pleno derecho, por sus propios sentimientos y por los que él inspirara, para estar entre los colombianos como en su propio hogar.

Pero a más de esa íntima razón existe toda la obra múltiple y extraordinaria, de este escritor que para siempre figurará entre los más grandes de América. Nada quiero agregar a lo que al respecto habéis dicho con tánta autoridad, señor ministro. Apenas quiero recordar que son muy pocos los espíritus cultos de América que no se hayan nutrido de la prosa y el pensamiento de Montalvo; que no se hayan formado en la lectura de esos libros tan exquisitos por el estilo como fuertes por el recio espíritu luchador; tan americanos y tan europeos, en tan justa medida; asombrosamente saturados de cuanto hay de grande en esas fuentes inexhaustas e irreemplazables de la cultura, que son las literaturas clásicas, y enérgica y profundamente vinculados a nuestra tierras americanas, a sus paisajes, a sus hombres, a sus problemas y a sus pasiones.

Esa obra de constante combate, en donde no se ven las ruellas ni de la comodidad ni de la riqueza, sino antes bien los zarpazos de duras necesidades y de adversas circunstancias, pero que en tanta parte se diría de artífice consagrado a perseguir todos los encantos de la forma, fue el fruto ardiente de un alma tempestuosa que no conocía ni la tranquilidad, ni la transacción ni la indolencia; de un alma en perpetua ebullición, como algunos de nuestros volcanes, y que no ambicionó nunca la torre de marfil, sino las marchas resonantes a través de los campos de América en persecución de un ideal generoso.

Hay una frase de Montalvo que quizá da la clave de su espíritu. Habían reunido sus amigos alguna suma para editar sus obras pero de pronto, en los azares de una crisis política, esa cantidad se entregó al general Eloy Afaro para luchar contra la tiranía. Y al saberlo don Juan lo celebraba y decía a su amigo Alfaro: "Primero es la libertad que la literatura". Espléndida frase, sobre todo dicha por quien como literato había de escalar las más altas cimas. Pero ese fue el mensaje de don Juan para todos sus pueblos del Ecuador y de América: primero es la libertad que la literatura y que todo, porque la libertad es el único medio en que pueden creecr las almas, y templarse los espíritus para la lucha.

No disuena esa frase de don Juan en esta ciudad de los libros, sino que al contrario la ennoblece y decora. Literatura sin libertad puede ser obra de estetas refinados que, lejos de la vida y de los hombres, persigan con la sutileza de sus ingenios aéreas construcciones artificiales. La libertad como ambiente de la literatura ha de hacer que ella produzca los frutos autóctonos que ambicionamos y necesitamos, y que reflejando nuestras tierras de América y toda la complejidad de nuestro trópico, sea como el yunque en que se vaya forjando esta alma americana que no ha de ser flor de invernadero sino planta crecida, libre y vigorosamente, en nuestras pampas y en nuestras montañas.

Ojalá se cumpla nuestro deseo, señor minis-

tro, de que don Juan Montalvo sea entre nosotros no sólo el representante de su propia obra sino el introductor magnífico de la nueva cultura ecuatoriana. Vivimos demasiado del pasado y sin descuidarlo ni desconocer su grandeza tenemos que vincularnos en el presente y crear la estrecha y constante comunicación de nuestros escritores y de cuantos cultivan, a los dos lados de la frontera, la vida del espíritu. Ni Colombia ni el Ecuador, tan entrañablemente unidos por la historia, por el afecto y por las necesidades del porvenir, se creen llamadas a las grandezas materiales de las potencias ni les quita el sueño esa grandeza que a veces se paga con tánta amargura. Pero sí tienen una misión espiritual y han de realizarla con intensidad cada vez mayor. En rápida peregrinación pude yo admirar las maravillas de vuestros campos y de vuestra inolvidable capital, verdadero cofre de raras joyas. Y vos nos presentáis ahora la falange de vuestros hombres nuevos dignos de aquel cuadro, tan hermoso como excepcional. Juristas y pintores, novelistas e historiógrafos, pensadores y artistas, toda una pléyade que don Juan Montalvo vería con ternura y con orgullo y que debieran alternar con nuestros hombres de la hora presente y crear con ellos la permanente corriente intelectual que vincule y fecunde a nuesros pueblos hermanos. Creed, señor ministro, que esa aspiración vuestra es mía también; pero yo anhelo la unión de nuestros pueblos vigorizada, sobre todo, por la puenetración mutua de ideas, de sentimientos y de intereses.

Vos, señor, representáis a cabalidad esta nueva generación ecuatoriana, cuyas energías están reciamente tendidas hacia el porvenir, y ojalá la comunicación que ambos anhelamos entre nuestras clases intelectuales sea cada día más intensa y frecuente. Pero a más de ésa quedan ya en Bogotá, eternizados en el bronce, dos heraldos permanentes del Ecuador, dos símbolos de su energía y su espíritu, que para contento nuestro fueron a la vez dos incomparables amigos de Colombia: el general Alfaro, guerrero nobilísimo que encarnó con noble entereza todos los anhelos liberales y los sirvió con heroica eficacia, y éste don Juan Montalvo, cuyá excelsa figura saludan hoy Colombia y su gobierno y que ha de ser aquí lección permanente. Vos lo habéis evocado en su originalidad, imposible de superar; hombre que salía de lo común por su genio, por su carácter, por sus pasiones, por su prodigioso temperamento de luchador y artista. Humano, con humanidad desconcertante, si tuvo defectos los denunció él mismo con más severidad que nadie. Fue su vida dura, y triste, pero su alma de cíclope la superó y no nos dejó una obra pesimista ni melancóica, ni fatigada por el desconsuelo, sino llena de energía y de estímulos para la acción.

Yo fui desde siempre devoto de don Juan y su ferviente admirador. Cuando hace años se inauguró el París una placa que recuerda la modesta casa en donde murió, tuve el honor de contarme en el pequeño grupo de ecuatorianos y colombianos que espontáneamente acudieron allí a rendir un tributo emocionado a su memoria, y considero como un privilegio el que hoy me toque inaugurar su busto, tan generosamente ofrecido a Bogotá por el Ecuador, en esta biblioteca donde su memoria recibirá culto perenne.

Me halaga la ilusión de que este admirable don Juan, hombre de lucha, apóstol indomable y artista integral, desde este alto sitio contemple con simpatía la obra que en Colombia realizamos. No sólo la obra de amistad para con su patria, que será leal y constante, sino la de consolidar en esta parte de América los ideales de democracia y de libertad que le fueron caros; la de afirmar un régimen en que los derechos del individuo están seguros y los fueros de la comunidad garanizados; que a nadie oprime ni tiraniza y que se empeña en crear un ambiente propio a la vida del espíritu y a cuanto tienda a formar las almas americanas, como quiso don Juan que se formaran.

A su memoria insigne aseguramos que no hemos de ser indignos de los ideales que él acariciaba. En las horas de incomprensión o de la ingratitud yo, que creo en las cosas inmateriales, recordaré las ardientes enseñanzas de Montalvo, del Montalvo auténtico despojado de las exageraciones inevitables y afianzado en su fe democrática, y sentiré que él aprueba esta labor nuestra, que es para todos pero que se ilumina con la luz permanente de una doctrina y con la convicción de que sólo en la realidad de la democracia, sincera y lealmente practicada, pueden hallar nuestros pueblos el secreto de su destino.

Y éste será el mejor homenaje que podamos rendir a don Juan Montalvo.

Dr. Luis López de Mesa
(Hacia 1929)

Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Luis López de Mesa

Sea lo primero pedir gracia de poder encomiar la obra del artista que ha interpretado en esta efigie el carácter del héroe.

No sé qué consonancia espiritual se presiente entre uno y otro: ambos representan un algo, si no un mucho, de la trágica índole del país ecuatoriano y de la rebeldía recóndita que bulle en su nación bajo las especies suaves de una vocalización musical atenuada y la dulcedumbre de su comportamiento.

Porque tal vez en uno y otro obraron arcana conjugación el torrente imperativo de la sangre ibera y el hilo mesurado y abisal de la estirpe aborigen: la tempestad del prosista se apaga en la observancia meticulosa de las buenas maneras sociales; y la placidez de conducta del estatuario se ahce huracanada tormenta en el cincel que muerde rabiosamente la dureza del granito, creando una explosión de rasgos reveladores.

—o—

Y sería muy oportuno investigar también si este Montalvo que encarnó una modalidad entrañable de sus propias razas y tierra, se vincula a vosotros representativamente, o apenas en la íntima consonancia de lo humano y genérico.

El destino de estas dos naciones se ha venido revelando históricamente con similitudes de acción muy interesantes: ya los aborígenes añadieron a la comunidad geográfica el vínculo atávico de sus múltiples migraciones, de sur a norte y del septentrión al mediodía, de oriente a occidente y viceversa, en inextricable confusión de poblamiento.

La conquista española nos da un común antepasado a los dos, en la personalidad imperativa de Belalcázar, el más grande sembrador de ciudades de aquella jornada inverosímil, y lo une en acto solemne al licenciado Jiménez de Quesada, eximio fundador de nuestra urbe madre.

Durante el período penumbroso de la Colonia, mayor intercambio espiritual ocurrió entre estos dos países; de ello queda el grato testimonio de aquellos eminentes varones de la pintura, Miguel de Santiago y Gregorio Vásquez, que en lugar de rivalizar en envidias y suspicacias de su menester, realizaron una especie de potlash o trueque de sus producciones de la más gentil manera y generoso espíritu.

A la hora del alba de nuestra gesta de emancipación política, Nariño, el criollo audaz, y Espejo, el mestizo avizor, se comunicaron normas e ideas, perspectivas de acción e inquietudes del ánimo, con un mismo derrotero espiritual que había de llevarlos al sufrimiento inenarrable y a la gloria.

Lustros después, el gran Mejía y Morales, el prócer, viéronse cobijados por la unidad histórica de su actuacіónn y la indeficiente gratitud de las nuevas generaciones.

Y allá sobre las laderas tradicionales del menor de los Pichinchas, dos mancebos enlazaron hazañosamente sus nombres: Calderón, la víctima insigne, y Córdoba, el héroe que tántas ocasiones detuvo paralizada y confusa a la muerte con el grito inédito de su mando.

—o—

Media centuria más tarde, y ya disuelta la unidad política de nuestra gente de allende y aquende el Rumichaca, surgen dos capitanes de la democracia criolla, bautizados los dos con el mismo apocalíptico nombre de Juan: don Juan Montalvo y Juan de Dios Uribe.

No sé de alguien que los haya traído a memoria de la nueva juventud así enlazados en paralelo de virtudes: uno y otro machacaron el hierro indúctil de la lengua castellana con habilidad pasmosa: tal vez más asido al pasado el meridional; tal vez más vivo y palpitante, más recio de urdimbre el nórdico; a una los dos trabajados por esencias irreductibles de liberación.

Nos llega a Colombia el Macabeo de las lides ecuatorianas en busca de mejor ambiente para el hervor de su prédica heroica; y a la tierra suya va luego el polemista colombiano, dolorido también, y también, enalbada la pluma al rojo blanco de su honestidad y valentía.

Dióse el uno a espigar en el campo de las artes literarias con devoción de orfebre celliniano, y tan afortunado triunfo que cautivó la fe de todo ese dilatado continente; a tiempo que el más joven acuñó, como jugando, por mera riqueza de los juegos nutricios de su numen, joyas de literatura y pensamiento que sacudieron las entrañas de una generación.

—o—

De ahí, pues, que al llegar a nosotros esta efigie de Juan Montalvo, la miremos complacidos como cosa nuestra también y patrimonio espiri-

tual de nuestro abolengo común; bajo la crespa rebeldía de sus cabellos adivinamos fervores y congojas que en nosotros obraron fe y martirio. Por eso, al darle hoy la bienvenida, hay en nuestras voces un claro acento de fraternidad insoluble.

—o—

Yo no sé si le estamos rindiendo una pleitesía histórica a sus conceptos o a su actitud, como asimismo ignoro si la forma en que vertió su sensibilidad tuvo la reciedumbre eterna de la verdadera pulcritud o apenas el ropaje; mas si sé de cierto que en su hora fue un representativo egregio de la trayectoria moral del continente, por donde ganó la cumbre y nos preside.

Y sé, además, con gozo indecible, que en él se dieron conyugalmente, la virtud del verbo y el acrisolado comportamiento: que si airado retaba a dura prueba las ideas del enemigo, incólumes mantenía las suyas bajo el palio de un estoicismo insólito ahora, y aun entonces subyugador y desconcertante.

Este hombre, que por amor a sus ideas, desafió las soledades del exilio, la pobreza implacable y la vecina muerte; que por respeto a la conciencia de ser y de sentir, de entender y dominarse, aceptó el dolor, impasible; que en la última jornada rindió homenaje de devoción suprema a la estética de su personalidad y al culto de lo bello en la copa efímera de unos claveles blancos, este hombre no puede morir en el alma de la América Latina.

—o—

Nosotros hallamos un poco grandilocuente la prosa de aquellos conductores espirituales del siglo XIX en nuestra América; mas yo me permitiría encomiar este recurso oratorio como uno de los instrumentos más eficaces para iluminar la conciencia de las multitudes y cautivar su entendimiento. Y no estaría muy lejos de pensar que esa altisonancia del discurso contribuyó tanto como las revoluciones cruentas que reñimos por la libertad y la obra, ondulante entonces, de nuestra legislación de ensayo, a hacer de este continente el gonfalonero de la democracia y de la transigencia más gentil y ecuánime.

Hoy, mejor que nunca, conturbado el mundo por contradicciones abrumadoras con que el buen éxito derrota los más preciados ideales de la estirpe humana, hoy mejor que nunca, por hallarse en duro trance de desprestigio y de mudanza los valores normativos de la especie, este triunfo, el triunfo de este varón, emblemáticamente colocado ahí por sus virtudes morales aún más que por las victorias de su entendimiento, nos dice que los fueros de la espiritualidad son perennes:

Bienvenido sea!, para lección irrefutable de las presentes y venideras generaciones de América.

Alrededor de la Octava Conferencia Panamericana

= Envío de la *Agencia Columbus*. Lima, noviembre de 1938 =

En la primera quincena de Diciembre tendrá lugar en la ciudad de los Virreyes, la reunión de la VIII Conferencia Panamericana, auspiciada por la Institución yanqui que comanda Mr. Leo Rowe.

Desde su nacimiento hasta la fecha el Panamericanismo como doctrina, ha seguido los zigzagueos consecuentes a las nuevas orientaciones que ha marcado la política internacional, y en los últimos tiempos, muy especialmente, las actitudes democráticas que le ha impreso el segundo Roosevelt. La Democracia está en peligro —¡hace tiempo!— y la gran democracia del Norte se alza en su defensa. Mientras en Europa los más sólidos cimientos de la Libertad y de la Justicia y hasta de la dignidad de los pueblos otrora guías de respeto a los derechos del hombre, ceden y se derrumban ante el miedo a la guerra, en Norte América pueblo y gobierno unificados, se yerguen para condenar el imperio de la fuerza y asumir la defensa de los principios vulnerados.

Pero no hamos de ser ni líricos ni demasiado idealistas. El peligro contra la Democracia, el peligro nazi-fascista no es sólo el sojuzgamiento de masas siempre explotadas y siempre en minoría de edad para dirigir sus destinos. No es sólo la amenaza de doctrinas que propugnan credos sofísticos como el racismo y la arianización (¡!), el odio a ciertas formas religiosas, y el acaparamiento del poder en las manos de minorías absolutas, audaces y rapaces. El peligro en este caso, como en todos los que tienen que ver con grandes conglomerados de pueblos, es eminentemente y esencialmente económico. I por económico la gran democracia yanqui, donde indudablemente se impone el triunfo de los capacitados y menos idealistas, se erige en campeona de la libertad humana y lanza su reto contra los regímenes totalitarios que están determinando la liquidación de Europa. Se impone ahora el remozamiento de la doctrina Monroe y se habla francamente de la defensa de todo el Continente Americano, considerándolo como un gran país con intereses y destinos comunes.

AMERICA LATINA Y DEMOCRACIA.—Pero en tanto Estados Unidos da su voz de alarma y se apresta a reafirmar en la Conferencia Panamericana su adhesión a los principios de la democracia y a la causa de los pueblos y razas oprimidas, ¿cómo miran las Repúblicas Latinoamericanas el desarrollo de los acontecimientos en el mundo? ¿Cuál es la repercusión que el caos europeo—y la actitud yanqui—encuentra en los jóvenes países del Continente Indoamericano? Hijos o nietos de europeos y ligados al cordón umbilical de la economía yanqui, los vaivenes de la política internacional repercuten en mayor o menor grado en nuestras incipientes democracias, y tenemos las caricaturas de "minorías" europeas que reclaman derechos—¡ellos, emigrantes!—y los trágicos "putsch" nacistas, y la inclinación acelerada de los caciquismos criollos hacia los métodos de gobiernos totalitarios, entendidos como el predominio, viejo en América, de las castas feudal-burguesas.

EL CASO DEL PERU.—La VIII Conferencia Panamericana que ha de reunirse en Lima encuentra —molesta coincidencia—un país agrilletado en el puño de hierro de su actual déspota, el general Benavides y su casta militar-civilista. Ni prensa libre, ni organizaciones laboristas, ni Congreso, ni Constitución. El actual Presidente no sólo no ha sido elegido por el voto del pueblo, sino que anuló las últimas elecciones generales porque le daban el triunfo a las democracias!

El partido aprista, que representa la inmensa mayoría de la nación peruana y cuya doctrina es efectivamente democrática-socialista, ha sido declardo fuera de la ley y sus miembros están poblando las prisiones, o deportados, o escondidos, como Haya de la Torre, Luis Heysen, Antenor Orrego, Alcides Spelucin y cientos más que viven la vida de los hurones, bajo inminentes amenazas de muerte.

Todas las prisiones han sido ensanchadas para dar cabida a una población superior de apristas y antigobiernistas. Dentro del mayor silencio de una prensa asalariada o aterrorizada, se ejecutan fusilamientos y capturas, sembrando el pánico en el pueblo indefenso. Sinembargo se producen casos de reacción y como ejemplo daremos la última sublevación ocurrida el 23 de Octubre en un cuartel en el Norte del Perú—San Pedro—con el saldo trágico de 38 muertos y más de 50 presos. Otra sublevación en el Regimiento 3 de Lima en los mismos días y la perenne agitación en que vive el país.

Una partida especial del Ministerio de Gobierno se dedica a pagar los servicios de una banda de delatores y asaltadores llamados "soplones" cuya misión es espiar la vida de todo aquél que no demuestra su adhesión al gobierno.

Y no se diga que el actual régimen peruano se sostiene sobre un bollante presupuesto al estilo leguiista. La economía del país marcha a la deriva pese a la política inflacionista, y al derroche de dineros en el hermosamiento de la Capital—no de los barrios populares—y es un decir con fundamento que el Gobierno ha dilapidado ya en otros gastos, los fondos del Seguro Social de Obreros y Empleados.

EL CASO DE LOS CONDENADOS POR CORTES MARCIALES.—Hay en la Penitenciaría de Lima un contigente de hombres a quienes el odio insano del tirano Sánchez Cerro condenó por delitos políticos a penas superiores a cuantas fijan los Códigos para la criminalidad. Un contigente de hombres jóvenes, que consumen su vida entre rejas, negados de toda esperanza. Su fallo lo dictaron Cortes Marciales ad hoc y el actual gobierno no ha querido levantar tan tremendas condenas dictando una Amnistía general, como es el clamor público. Entre ellos se encuentra el poeta Serafín Delmar, condenado a 20 años de presidio, de los que ya cumplió 7, por el delito de no ser delator! El escritor y hombre de leyes Juan Seoane; autor de un libro dantesco "Hombres y Rejas", amigo del adolescente Melgar que rasguñó el hombro de Sánchez Cerro en un fallido atentado. 127 hombres más de los levantamientos revolucionarios de Trujillo, Huaráz y Cajamarca. Y en el Frontón, el islote trágico, se pudren cientos de muchachos, entre ellos los compañeros de los 8 marineros fusilados el 11 de mayo de 1932. Intelectuales, obreros, hombres limpios de toda mancha, idealistas y generosos, que suman varios cientos sin acusación precisa ni condena, cumplen ya 4 años de encierro, enfermos y desnudos, pues ni ropa les dá la prisión.

EL "CASO" DE MAGDA PORTAL.—Todos conocen en América el nombre de esta joven luchadora aprista y su ya dolorosa odisea. Líder del Partido del pueblo, ha vivido una intensa vida de acción y de trabajo. Condenada a 500 días de prisión, fue libertada vísperas de cumplirlos, merced a la protesta de intelectuales y hombres representativos de toda América. Ahora está en libertad, pero mucho más vigilada que en su celda de Santo Tomás, la Cárcel de Mujeres. Estrechamente sitiada, no puede permitirse ni la relación amistosa, pues todas las personas que se le acercan son tachadas de izquierdistas, calificativo peligroso en el Perú. Ni aún puede trabajar para su subsistencia—como todo aprista, es pobre—pues nadie quiere "comprometerse" suministrándole trabajo...

(*Pasa a la página 79*)

Cantemos el descubrimiento de América

Por GRACIANY MIRANDA ARCHILLA

=De *Alma Latina*. San Juan de Puerto Rico, enero de 1938=

Es triste hablar en primera persona, pero siendo más triste soportar a los que invectivan a troche y moche, nunca estará demás conjugar verbos en primera, si detrás de esto se consigue apadrinar la victoria de la Verdad, hoy como ayer escarnecida por malandrines y olvidada por aquellos en cuyos haberes la autoridad moral y la sapiencia podrían erigir monumentos augustales.

Voy a referirme al *Canto a la Lengua Castellana* que el Ateneo Ibero-Americano de Buenos Aires galardonara con su Primer Premio de Honor. Y no intento referirme a este poema con la idea de glorificarme, exponiendo a mi juicio los méritos que pudieran influir en las mentes de jurados respetables, sino con el propósito de rebatir la creencia de que en nuestros días resulta anacrónico cantar al Descubrimiento de América utilizando el corte clásico, primero, porque el hecho grandioso ha sido cantado con suficiencia, y, segundo, porque los oídos, adiestrados en el maquinismo, demandan himnos al proletariado, a las armaduras de las tiranías en boga y qué sé yo cuántas zarandajas de reciente cuño.

Es verdad que la verborragia se ha encargado del Descubrimiento de América y sus resultancias, a todas luces portentosas. Mucho se ha dicho sobre la España sin ocaso y los capitanes que conteniendo el resuello cruzaron el sarzago y clavaron el talón en el espinazo de los Andes. Pero conviene aclarar que la verborragia nunca consigue esbozar gráficamente lo ensalzado por ella, y así ha acontecido que el Descubrimiento de América ha quedado siempre en suspenso en cuanto se relaciona con la canción eminente, ya que los especímenes del verbalismo, contentándose con el desparramiento de hojas secas, no han llegado a la médula del incendio iniciado en España, nutrido con la propia carne española, vigorizado por el espíritu castellano —oro, sangre, armadura— y apuntalado en las mismas alas del cielo. Si los adláteres del inconformismo apuntaran que casi siempre el verbalismo y la fatuidad han cantado al Descubrimiento de América, en el acto les otorgaríamos carta de crédito a sus acusaciones, porque en puridad, basta ya de tanto grillismo desentonado y bárbaro.

Pero que nadie alegue, ni aun a título de humorismo, que el Descubrimiento de América ha sido cantado con suficiencia. La verborragia no ha conseguido, según queda dicho, sino desparramar hojas secas a los aires de la fatalidad, perpetuar mitologías, engrandecer con vidrios de aumento las más de las veces, los vicios de quienes izaron bandera en las cordilleras vírgenes. El sentido histórico realmente definitorio, la honradez en los historiadores, la sobriedad en los apolonidas, han faltado en gracia completiva. Se han dicho del Descubrimiento algunas cosas que halagan como las mieles recién vertidas en cristales nuevos, y se ha querido ignorar la Verdad, el hueso del Descubrimiento, decapitando así lo nada decapitable: la virtud de parir un Nuevo Mundo, peleando, peleando cara a cara con la Muerte, y no plantar bandera de combatiente vencedor sobre los lomos del vencido, sino para prolongar la sangre, para inmortalizar la Lengua, derramándola como vino en las bocas aun no forjadas del futuro.

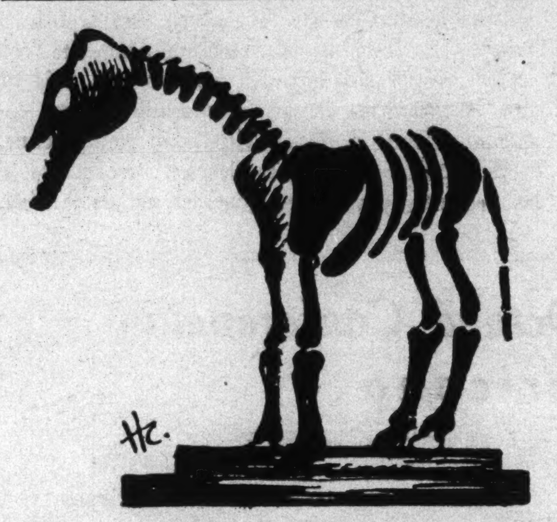
El Descubrimiento de América, por consiguiente, no es un hecho consumado, parecido al desvestimiento de una estatua dormida sobre mares borrascosos. Mientras una estatua descubierta, síntesis de olímpica donosura, lo encierra todo, a juicio de los arqueólogos o estetas inspirados en las llamadas Artes nuevas, América significa despertares magnos, despertares vitales, trascendentes en esto escurridizo que recibe nombre de presente y, sobre todo, aliento de futuro, palabra de futuro, esencia futura. Vida futura para quienes no han despertado y despertarán mamando eternidades. El Descubrimiento de América no es lo que muchos creen, lo rutinario empenachado, lo vulgarote aureolado, lo corriente más o menos mitologizado, sino un empeño cotidiano, un anhelo repetidamente abrazado, una realidad en gestación, un fruto no cosechado todavía: en el orden material, lo no sazonado en plenitud; en el orden espiritual, el reino presentido.

Del *Canto a la Lengua Castellana* precitado, emergen vocablos de añeja envergadura, y esto ha dado pie a los inconformes para pensar en lo denominado ritmo ambiental, en lo nuevo artístico. Francamente, en una obra de arte deben concurrir esencias imperecederas, no sólo de ayer, sí que de hoy y de lo que corresponde al *después*. Pero una cosa es ritmo ambiental de ahora y muy otra la pose engreída de los estólidos que quieren en su poquedad que el Arte se decida por determinada corriente ideológica, llámese comunismo, hitlerismo, fachismo. Pretender que un *Canto a la Lengua Castellana* sea panegírico incubado en moldes retrógrados, a la sombra de la política, muy al lado de las mezquindades humanas, ¿no será lo mismo que enturbiar la corriente cristalina del Arte, llamado a ser, en todas las épocas, el mismo cauce de la redención espiritual?

Pecan de vejez los que descubren ancianismo en los vocablos de añeja envergadura, porque si algo resiste la embestida del tiempo, ese algo no lo constituye el broquel de la hora, sostenido en virtud a su falta de peso, sino el odre de ayer, tan cargado en pureza. Basta tender la mirada sobre las legiones españolas que plantaron tienda en las tierras de América. España no trasplantó antiguallas a las tierras vírgenes del Nuevo Mundo. Su idioma eternamente nuevo, rejuvenecido a cada golpe de armas y más elegante después de cada nueva caída, sólo estaba llamado a ser verbo digno de los hombres que nunca conocieron la vejez: precisamente, de España nos llegó lo más soñador, lo más romántico, lo más conquistador, lo más *muchacho*, encarnado en el Descubridor de tierras y amoríos, sublimado en quien busca la Fuente de la Eterna Juventud para perpetuar la juventud poseída en lo transitorio.

Resulta hoy halagador detenerse a mover cristales en la misma fuente de España. ¿Cuántos siglos han transcurrido desde que Triana despertó a los ángeles, dándonos el grito de tierra frente al Salvador? Muchos, sin duda, lo suficiente para creer que si España era vieja en las manos de las huestes romanas, mucho más antigua aparece después de evaporado tanto tiempo. Y sin embargo —hé aquí lo halagador— después de tantos siglos, un hombre de alma sajona, Waldo Frank, al tropezar con la pandereta española, se siente iluminado por la España Virgen. ¡España Virgen, después de tantos siglos! ¡España Virgen, como la Santa María que adora en sus templos!

Esto, como es de suponerse, favorece nuestra tesis; mas nos parece humano que nos inclinemos por un momento ante los inconformes para justipreciar más a sazón sus razonamientos. ¿Dicen que resulta anacrónico cantar el Descubrimiento de América en estos días revolucionarios? ¿Es antigua la España inmortal de Alfonso el Sabio, Don Quijote, Santa Teresa y Sancho? ¿Está fuera de moda la España Virgen descubierta por Waldo Frank? Aceptemos esa vejez con mucho respeto y nadie nos repita que caemos en pecado al inclinar la balanza rumbo a los esplendores pasados y no muertos. En la *Farsa Italiana de la Enamorada del Rey*, Valle Inclán tiene para nosotros una frase enjundiosa. Hay una castellana dura y franca y vieja. Frente a esta ruina ilustre, una



Caballo nacional (*)

= *Envío del autor*. La Habana =

Viejo caballo que llevaste al *Chino Viejo*
por los campos de la insurrección
y sabes del amargo dejo
del hambre,
del olvido y la traición:
¡sólo un puñado de maíz
no te iba a hacer completamente feliz!

Tú querías algo más, zaino que hiciste la guerra
y trajiste la libertad para esta tierra
preñada de esclavitud...
Tú querías algo más,
menos convencional
que la gloria hipotética del mito nacional
y el alma de tu pueblo pudriéndose en salud.

Tú querías algo mejor, algo más fuerte. ¿Qué era?
La flor de una esperanza por el soberbio fin
a que lanzado fuiste... Una primavera
de fe bien espigada
y de vez en cuando estremecer la crin.
¡Sólo un puñado de ilusiones
para volver al polvo en paz tus corvejones!

Pero tan bien negadas fueron a tus ausentes ojos
todas las cosas bellas,
que el viejo camino de antes cubierto de rastrojos
por ti se despereza y en cada trecho firme abre un atajo.

¡Te llama! Es tu destino...
—¿Qué haces? Sacude la cabeza temeraria
y échate a andar de nuevo por la solitaria
senda de la revolución, ¡a tu trabajo!

ENRIQUE LABRADOR RUIZ

(*) El esqueleto del caballo zaino, en que el Generalísimo Máximo Gómez hizo la guerra, de Oriente a Occidente, y que se conserva en el Museo Nacional.

zagala, diríamos, pletórica de juventud, y un Rey antiguo, que la zagala imaginara pimpollo azul. Entre contraste y repique de pies coquetos, la frase del Rey, tajante: "Todas las glorias de España son viejas, pipiola".

Aquí los espíritus del análisis. Es preciso que esas palabras de Valle Inclán sean exprimidas, hasta que suelten todos sus jugos marqueses. Pueden interpretarse a gusto y regusto: estarán bien si indican, como brújulas, que en lo viejo del castellanismo está la virtud más vinosa; y bien, a todas luces, estarán, si, haciendo caso omiso de lo viejo del castellanismo, se refieren a la clasicidad de las glorias castellanas, que son corrientes, como el agua, y naturales, como el diamante de su habla quemadora. Glorias que son desde el día que España abriera los ojos y que a medida que el tiempo transcurre, adquieren un v a l o r insospechable, porque se funden, entrelazan y robustecen, lo mismo que las raíces de un árbol, hasta poseer los mismos huesos y la carne misma de Dios.

———

En ese sentido pleno, también podría afirmarse: "Todas las glorias de España son nuevas, pipiola", y mucho más hoy, que España se redescubre a tiro limpio, concretando lo que en el *Canto a la Lengua Castellana* palpita: "Don Quijote pelea con la sombra de sus propios dolores, y toca lo infinito, montado en Rocinante".

Virtud de presente nutrido de melodía pasada. Virtud de la España que redescubre sus ansias quijotescas, mientras América sabe a conciencia que no se ha descubierto todavía.

Hombres del mundo: ¡cantemos al Descubrimiento de América!

Canto a la Lengua Castellana

Por *GRACIANY MIRANDA ARCHILLA*

= De *Alma Latina*. San Juan de Puerto Rico, enero de 1937. Obtuvo premio de honor en el Certamen Literario del Ateneo Ibero-Americano de Buenos Aires, Argentina =

Lengua dura del Cid: oro, sangre, armadura:
oro junto a la espada que sangre azul evoca
y al pecho la armadura, como el Amor de pura,
tan virginal y recia como el cristal de roca.

Lengua de Alfonso el Sabio, curvado en la cantiga,
restaurador, poeta de matinales dejos,
empuñando las bridas del alba, como auriga,
bautizado en la jarra de los vinos añejos.

Lengua de don Quijote de la Mancha de amores,
desfacedor de entuertos, victoria galopante,
que pelea con la sombra de sus propios dolores
y toca lo Infinito, montado en Rocinante.

Fablar de la Teresa que hablaba con los lirios,
de la Santa Teresa que con Cristo en los ojos
y con Cristo en los labios, devanaba delirios,
descosida en milagros y celestes antojos.

Fablar de maritornes y sanchos y toreros,
gitanos y pastores: fablar de las supremas
tentaciones que funden, chocando en los aceros,
avispas de epigramas y abejas de poemas.

Hablar de aquellos Reyes Católicos que un día
para Colón pidieron la llave de los mares,
y Dios, desde la prora de la Santa María,
volcó sobre las aguas un cesto de azahares.

Después, la noche espesa, soledades amargas,
sargazo en las tres quillas, eternidad hirsuta,
cabrillas en el cielo y abajo manos largas,
ordeñando cabrillas para alumbrar la ruta.

Dolor de lo Infinito que calla inmensamente,
que calla ante los malos y calla ante los buenos,
pero goce del hombre que no tumba la frente
y escucha en las estrellas un galope de truenos.

El galope de truenos de la Lengua que encierra
no tan sólo a la España profética y bravía,
sino el grito de ¡tierra! cuando Dios gritó ¡tierra!
desde el palo mayor de la Santa María.

¡Tierra! Cantar soberbio tronado por España.
¡Tierra!, rugió la Historia; ¡Tierra!, retumbó el estro
y ¡tierra!, ¡tierra!, ¡tierra!, repitió la montaña.
Con la primera espada descendió el Padrenuestro.

Fué la primera misa: voz de Cristo en España,
voz de España en América: fué la misa primera,
más que llanto y locura, toda beso y entraña,
redimiendo a los hombres con palabra severa.

Fablar del Padrenuestro que a los hombres redime,
acercando a los labios la piedad y el consuelo;
fablar del Padrenuestro, que es pan nuestro sublime,
repartido en la tierra y amasado en el cielo.

Hablar que sobre el pecho del indio visionario
se durmió como niño, soñó su catarata,
y clavando una espada y azotando un rosario,
se metió hueso adentro, desde el Bravo hasta el Plata.

Se coló por los huesos de la América buena
la rapsodia española, remedando un abrazo:
la guitarra sangrante suspiró con la quena
y en incásico Sol brotó de un aletazo.

No fué el Descubrimiento de la América fuerte
lo que trajo más gloria, señores capitanes;
ni el combatir a diente cerrado con la Muerte,
ni el haber encendido con oro los volcanes;

Detrás de los corceles que mascan epopeyas,
detrás del monumento de los Andes altivos,
fulguran de la Lengua las rútilas estrellas,
como una caravana de puntos suspensivos...

La Lengua de la Raza, volando de Castilla,
tendió su arco de triunfo de España al Nuevo Mundo,
y América, desnuda, doblando la rodilla,
sembró en sus cordilleras el canto más profundo.

Pasión del Romancero, puñal y pandereta;
pecados capitales: don Juan con golas finas,
Calderón de la Barca tras la Vida coqueta,
y Bécquer, un puñado de oscuras golondrinas...

Todos resucitaron, todos resucitaron
bajo la respirable suavidad de lo Eterno:
Mío Cid con los más áureos guerreros que pelearon,
Don Quijote, una mancha de Amor en el Infierno.

Se rasgó todo el ígneo cascarón del idioma
y el milagro florido propagó luces grandes:
Santa Rosa de Lima trasmutóse en paloma
y al rumor de su arrullo blanquecieron los Andes.

Los hispánicos leones afilaron sus garras
de Argentina hasta Méjico: reverberó el abismo;
en una encrucijada de aceros y guitarras,
el idioma peleando contra el idioma mismo.

¡Bolívar! ¡Don Quijote Bolívar galopando!
San Martín con el puño de sol en una fragua;
las Españas ardiendo y a gloria repicando;
Rubén, con la garganta de Dios en Nicaragua...

Y el Verbo a sacudidas, sin freno y sin espuela,
tronando entre relámpagos, amando entre luceros,
y madrigalizando, como beso a la vela,
tras plantas de mujeres y ojal de caballeros.

Divino Verbo hispano, sagrado Verbo hispano
que, uniendo veinte pueblos en sarta de canciones,
perduras en la pampa, te bruñes en el llano,
y réstante en la sangre semillas de leones.

Sagrada Lengua hispana, Lengua de Dios, ungida
por la Cruz y los Clavos y el Cristo que se inflama;
¡madre nuestra que estás...! Se arrodilla la Vida
y con salto de tigre saluda el Tequendama...



Doña Anita Huelte de Jiménez

En imagen y en espíritu recordamos hoy a doña Anita Huete de Jiménez, y publicamos con gusto el merecido elogio que de ella hace Dña. María de Tinoco, su amiga fiel.

Hace un año se fué Dña. Anita, con pena mayor de los suyos (por familia y por amistad). Y decimos de "los suyos por amistad", porque fué buena y compasiva con el prójimo. La bondad del alma se le salía a la cara, se le sentía en su voz acogedora, en su manos abiertas.

No dijimos entonces que a ella le debió alguna vez este semanario protección inteligente. Actitud ejemplar la suya. Conste, pues.

Pero el mayor título de Dña. Anita a la consideración general y a la fama, es haber sido la madre de un poeta y artista de la originalidad y alcances de Max Jiménez, tan conocido de nuestros lectores de afuera, porque fue por años amigo y colaborador del Repertorio Americano.

Por encima de todos, la vida

—Mi gran maestro —dijo Gorki— fué un francés: Balzac. Me acuerdo que, al leer sus novelas, yo alzaba la página hasta la luz de mi lamparita, le daba vueltas en todos sentidos, la examinaba de cerca, asombrado. Pero, ¿en dónde se esconde tanta vida y tanta fuerza explosiva como la que hay en estas páginas? ¿En dónde reside el terrible secreto?

—¿Y los grandes maestros rusos? Dostoyewski y Gogol?

—No, no. De los rusos, sólo Leskof. Ningún otro. Pero, por encima de todos, la vida. Yo he amado mucho al hombre que sufre. Nada más...

(De Eleni Samios, en *La verdadera tragedia de Panait Istrati*. Ediciones ERCILLA. Santiago de Chile. 1938).

Palabras de recuerdo

= *Colaboración*. San José de Costa Rica, diciembre de 1938 =

No puedo pasar inadvertida la fecha del 14 de diciembre en que se cumple el primer aniversario luctuoso de la entrada en las regiones de lo eterno de la amada amiga, meritísima dama doña Anita Huete de Jiménez, cuyo recuerdo guardo con devoción en el relicario de mis cariños. Hija del caballero don Francisco Huete y de su virtuosa compañera doña Eudoxia Sáenz, sobresalió desde muy joven por su clara inteligencia, sus virtudes, su gracia y su belleza. En plena juventud unió su destino al elegido de su corazón don Roberto Jiménez Sáenz, y fue la noble esposa de aquel hombre modelo, formando su hogar que fue gala de la sociedad josefina. Dos hijos bendijeron esta unión: Inesita, angelical criatura que vivió para el bien y la piedad y se adelantó a su madre en el viaje al más allá, dejándole una herida profunda... y Max, dilecto amigo, poeta y artista, ausente hoy de la patria, digno heredero de la virtud de sus mayores y a quien en unión de su gentil Menchita, dedico estas palabras.

Ellas brotan del corazón; están permeadas en el reguero esplendoroso que fue ella dejando en mi alma amiga, como deja un astro su estela cuando cruza el bruñido cielo en la oscura noche, inconsciente del fanal que lleva!

Sus viajes por todas partes del Mundo, buscando con ternura infinita los progresos de la ciencia para Inesita, son una cruzada maravillosa que coronó con éxito los anhelos de su alma fuerte y valerosa. Y esta riquísima experiencia adquirida en tan distintos países, idiomas y costumbres, robusteció su carácter dándole un amplio criterio para contemplar la vida y remediar con holgura las necesidades ajenas. A manos llenas derramó el bien; sembró la dicha en los corazones de todos los que la frecuentaban e hizo de su casa un templo de caridad, en donde oficiaban el acendrado amor por el esposo y los hijos, el culto a la familia y a la amistad, y una misericordia santa por el desamparado, nota saliente de su fervor cristiano.

¡Todavía vibra el pasaje Jiménez con su gesto caritativo! En horas de crisis, cuando la plétora de los sin trabajo angustiaba la vida nacional, ella reunía grupos de obreros a quienes dio el pan cotidiano por mucho tiempo, hasta ver mejorada la situación; y entonces enfocó sus actividades por otros canales, llenando de júbilo a muchas familias con el privilegio de su sonrisa y la generosidad de su mano.

Su ausencia tan sentida es solamente una pausa, un compás de espera en este drama de la vida que todos representamos. Pero tiene un ritmo secreto, que es la quietud del corazón, que no sabe de separaciones ni de tristezas, porque mora ya en la Paz divina de las Esferas, consciente de haber cumplido sus múltiples deberes.

Quisiera que mi agradecimiento palpitara al unísono con el amor de la familia toda, a quien renuevo en este día mis sentimentos de profunda adhesión.

MARÍA DE TINOCO

Elogio de Gutiérrez Nájera

Por su imparcial y vasto corazón es aún más notable Manuel Gutiérrez Nájera que por el marfil y oro de su verso; va por el mundo como fuera de él, no porque a la hora de la fatiga no le conozca las prácticas y bastidores, y pueda en él lucir y guiar, sino porque tiene en sí y en su recuerdo vívido de las obras de beldad excelsa, como suprema y preferible compañía. Las dos aristocracias tiene: la de la indulgencia y la de la admiración. Quien no sabe excusar y admirar es ínfimo. De Nájera no podría decir Goethe, como en el libro de los proverbios del Diván, que a la poesía la echa del mundo el poeta. Su alma es elegante y altiva.

(José Martí, *Obras*. Vol VII. Habana. 1909. Edición de Gonzalo de Quesada).

Aquileo J. Echeverría, poeta popular

= *Colaboración*. México, D. F. 1938 =

Al maestro *Raul Cordero Amador*, quien en sus clares de Dialectología en la U. N. A. de México ha dado a conocer a nuestro gran poeta popular.

Del paisaje costarricense van desapareciendo las cercas de piedra y de musgo, donde al sol, el arco iris de las lagartijas, suele esparcer sus colores sobre la alfombra de lianas; la tapia de adobes cubierta de guarias moradas y de enredaderas silvestres; la casa campesina que pareciera pintada por el sol, de un colorido vivo y alegre, con sus corredores amplios, su tranquera que da paso del jardín al potrero, en donde los bueyes perezosos rumian su tristeza bajo la sombra de un árbol.

El paisaje se llena de caminos asfaltados, la carreta gemidora, que se balanceaba sobre los montículos y se enlodaba en las charcas de lluvia, va dejando lugar a los potentes camiones; el brioso caballo con el jinete ágil y floreador, picándole los ijares con las espuelas para *plumiarlo* frente a la ventana de la novia, es casi una visión esfumada en el tiempo y el automóvil de líneas aerodinámicas lo ha desplazado del paisaje. La veredita romántica (como el cauce azul del río), cada vez se hace más difícil de encontrar. El *concho* de camisa engomada, de chaquetón azul, la faja roja al cinto y pantalones de pana y la *conchita* de blusa, rebozo y trenzas, va siendo un espectáculo singular en nuestros campos. Con el tiempo las plazas de mercado han perdido su encanto y bullicio, y en las compiñas la marimba, las notas alargadas de acordeón y los tristes acordes de la guitarra no sorprenden al caminante al recodo de un camino, cuando escapadas de la *taquilla* se van alegres por los prados entre las flores de *santa lucía* y *reinas de la noche*. De la *pulpería* salen las notas sincopadas de la última pieza del jazz que la radio lanza al viento.

Sólo queda una fuente folklórica que cada día tiene mayor afluencia de agua cristalina, cuyo surtidor, bañando el cielo, se esparce con colores de nubes y de estrellas por nuestros prados y se mete en el alma y habla con la voz de las flores y de los árboles y del pueblo. Me refiero a las *Concherías* de Aquileo J. Echeverría.

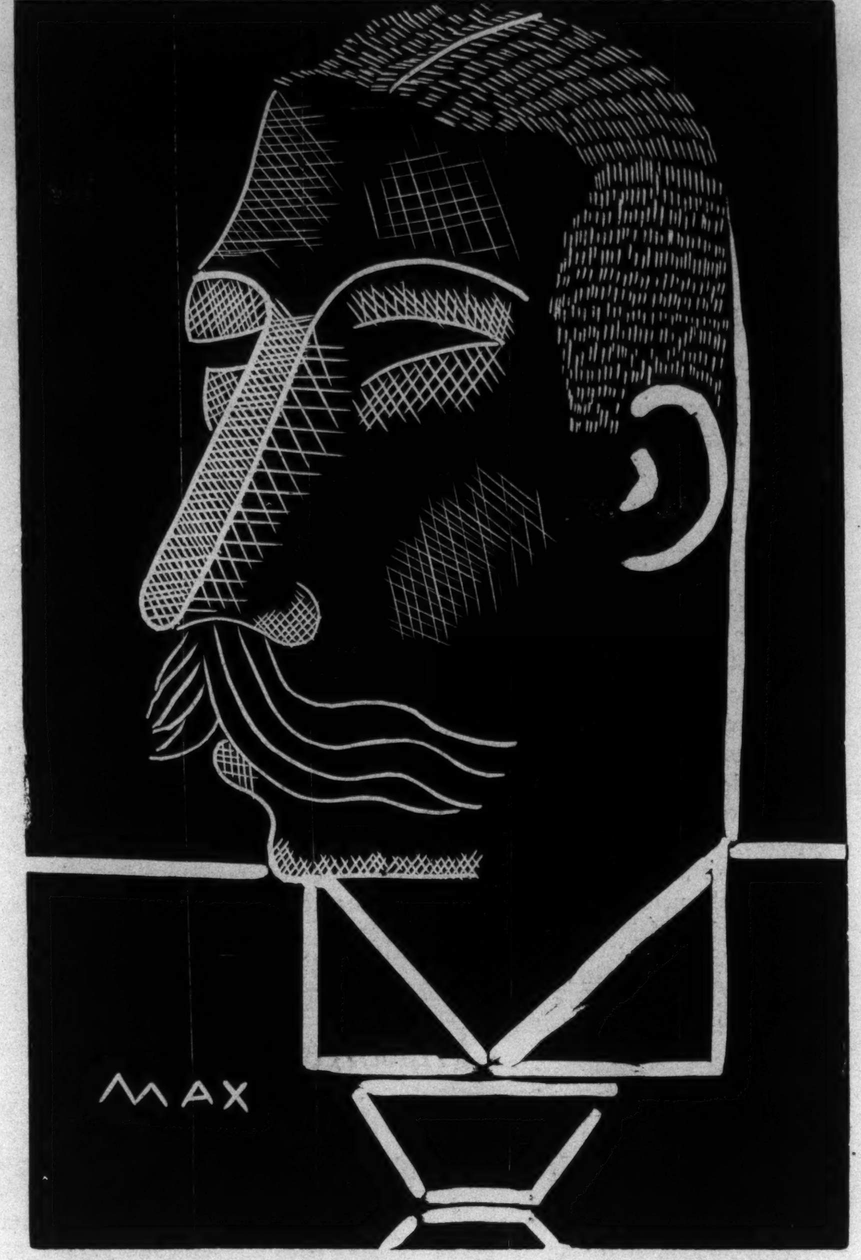
¿Poesía popular la de Echeverría? Aquí cabe transcribir las palabras que dijera, Pedro Salinas, el poeta español, en una conferencia sobre García Lorca, refiriéndose a lo que es poesía popular: "¿Qué es un poeta popular? Procedamos por eliminación. No es desde luego el que toma al pueblo como tema y canta o escribe sus usos y modales. Eso en todo caso sería el poeta costumbrista, pintoresquista, que se adorna con los colores que toma de lo que le rodea pero sin penetrarlo. Tampoco puede ser poeta popular, *latu sensu*, el tipo de poeta popular de circunstancias y de momento, que lleva a su poesía el reflejo de la hora o la visión del momento. Podría llamarse a ese poeta social, exponente de un anhelo de grupo humano, legítimo y noble pero no esencialmente popular, porque es histórico, y lo popular es ultra histórico, se resiste a la historia. De modo que yo considero que el poeta social y el poeta costumbrista deben desligarse con cuidado del poeta popular. ¿Cuál es el poeta popular? El que convierte el habla en fábula, eso es, el que se acerca a la vida del pueblo y transforma todos esos hechos y costumbres. Todas sus formas de vida en mitos. El poeta popular es el inventor de los mitos del pueblo, el que eleva sus actividades vitales a la categoría de mito permanente."

Por eso Aquileo es, en Costa Rica, el poeta popular, porque ha cogido las palabras campesinas y les ha dado vida. En sus cantos está el alma *concha* transformada en dolor y en alegría: de las acciones pasajeras en la vida diaria de nuestros campesinos, Aquileo ha hecho el mito de su poesía, que el tiempo transforma en un mito permanente.

El campo se hizo canto ante sus ojos de poeta, el aire se pobló de sugerencias y de ritmos, Aquileo espigó en los jardines, *voltió* los árboles antiguos de nuestras montañas, lleno la cuenca de sus manos de húmeda tierra, llevó a la boca la fruta ya madura, y entre veredas en la casa campesina, al caer de la tarde, oyó de los labios ancianos la cantiga, la historia, la fábula y con todos esos elementos amasó su poesía popular. Creó el mito. El mito permanente.

El poeta le habló al campesino en lenguaje bonachón e ingenuo, su imaginación hizo al pueblo hablar; su poética es la voz campesina que dice al pueblo lo que el pueblo no habría expresado, y que la hace suya porque es su espíritu, su vocero y su alma. Lo Poesía de Aquileo J. Echeverría, no ha encontrado en nuestros campos la resonancia que debe tener, se le olvida, se abandona sus predios poéticos y se deja *encharralarse*, es necesaria la *chapia*, sacar sus maravillosos cantos al sol para que éstos tomen vida, y más que vida, tomen luz y se hagan habla en los labios campesinos, salte de las bocas a los caminos, recorra nuestros campos, visite las *pulperías* como la música de las guitarras. Que por la ventana con los rayos del sol, llegue al pupitre del maestro rural, que sea su alma una sola *conchería*, enseñe lo que es el pueblo y el valor que éste tiene en la exprésión artística de un país. A través de Aquileo llegamos a la médula de nuestro espíritu, conocemos nuestro pueblo. Porque todo lo que es pueblo, es grande. El Poeta Echeverría es nuestro poeta popular y la expresión más pura del alma campesina.

ARTURO ECHEVERRÍA LORÍA



Aquileo J. Echeverría

Madera de *Max Jiménez*

La sinalefa

Un otrosí

= *Colaboración*. San José de Costa Rica, noviembre de 1938 =

Si la dicción correcta en la expresión o lectura artísticas, comporta una serie de pausas regidas por la comprensión de la página que se dice o que se lee, —y esto trátese de prosa o de verso que para el caso es lo mismo—, no deberán aparecer sinalefas nunca en atropello de signos de puntuación, ni a veces entre verso y verso. A la sinalefa deberemos sacarla del campo en que la han apostado, para colocarla en el único lógico, el de la fonética. Para los de la escuela de la dicción cortada de los versos, el problema, en su segunda parte, no lo es, dado que al halagarse con el sonsonete de la rima, que hacen vibrar sonorosamente, cortan el chorro del discurso. El engaste de la cláusula rítmica se rompe, o cambia de intermitencia, ante un signo de puntuación, o por efecto del enchufe de un verso con el sucediente.

Veamos el asunto, en su primera parte, con ejemplos de la casa. Aquileo J. Echeverría, en *Cuatro filazos*, tiene cuatro versos, en cinco líneas, con el diálogo siguiente entre Juan de Dios y Secundino:

—*¿Me perdonás si te mato?*
—*¡Está claro! ¿Y bos?*
—*¡Lo mismo!*
—*¡Pues si* querés empesamos!
—¡Empesemos, *Secundino!*

En una dicción correcta, el segundo verso, palabras de ambos interlocutores, no puede tolerar sinalefa entre *claro!* y *¿Y bos?*

Nótese que el núcleo de esfuerzo muscular que corresponde a la sílaba *ro*, terminó para empezar con otro, *y*.

Más grave será si se trata, no como aquí del mismo hablador, sino de otro, el de la réplica en el diálogo. Santiago Argüello, el vate nicaragüense, en un apunte filosófico llamado *El Aguila y la Hoja*, tiene el cuarteto siguiente:

—¿Quién eres?
—Hoja seca.
—¿De dónde vienes?
—Vengo
de arriba, muy arriba.
—¿Tienes alas?
—No tengo.
—Hoja seca sin alas, ¿quién te infundió ese aliento
para subir más alto que mi realeza?...
—¡El viento!...

No sólo advertimos ahí una sinéresis en *realeza*, (tetrasílabo que se reduce a tres núcleos) sino que hemos de realizar una sinalefa alocada con esa misma palabra, final del discurso aquilino con el comienzo de la respuesta hojosa, ¡El viento!...

La liga entre el *águila* y la *hoja*, —dos personajes distintos en una factible dramatización— viene a ser, como en otros casos, gaza de amor, beso entre dos encamotados.

Indudablemente que la técnica de los alumnos de las musas deberá tomar en cuenta, en lo concerniente al ritmo y a la métrica, el hecho de que la página sea monologada, o dicha entre dos, tres o más personajes, los que precise, en diálogo de distintas gargantas que suponen disímiles fonéticas, y no dicción continua; será necesario acomodarse al caso.

La elocución, en el ejemplo del comento, bien va, rigurosamente en la medida del bardo, para el apuntador cómodamente arrellanado en la concha del comedio, mas no para dos personajes tan diferentes, ya que la una impone su elocuencia arrogante y avasalladora, *que no come moscas*, y la otra, la cual apenas musita su respuesta en susurrante murmullo que vacila.

En cuanto a lo segundo, veamos: Rafael Arévalo Martínez, el guatemalteco, dice, en bello poemita místico, *El señor que lo veía*, la cuarteta siguiente:

Y porque era la alma mía
la alma de las mariposas,
el Señor que lo veía
a mi paso sembró rosas.

En esta cuarteta bien cabría la substitución del artículo *la* por el otro, exigidamente gramatical, *el*, dado que en el primer verso se realizaría la sinalefa con *era*, y en el segundo, en una prosodia correcta, se uniría *el*, en lazo poético, con *mía*, sin disonancia ni rompimiento de ritmo. Si atendemos a la cuenta dígita, un verso como éste que sugerimos, *el alma de las mariposas*, tiene nueve sílabas; pero dicho como lo leería cualquier buen lector, no. Pruébese a leer la susodicha cuarteta así: *Y porque era el alma mía el alma de las mariposas, el Señor que lo veía a mi paso sembró rosas.*

Aquí, de soslayo, aconsejamos, para principiantes en el arte difícil de la declamación, el estudio de sus papeles, en escritura corrida como si se tratara de prosa.

Así, la Gramática y la Poética no estarían descontentas, pues atendemos las exigencias de aquélla, en referencia con el artículo determinado masculino antes de sustantivo femenino que comienza por *a* tónica, y abrimos, siquiera un resquicio de libertad, a ésta que, aunque castellana entre duros hierros, no es muy doncella que digamos.

SAMUEL ARGUEDAS

Historias baladíes

= *Colaboración*. San Jose de Costa Rica, noviembre de 1938 =

Soldados del mañana

Viene de lejos la campesina.

Suda mucho y no se le grana la faz, por falta de sangre.

En la cabeza porta un canasto grande con verduras pesadas. En los brazos, mal envuelto, un niño de nueve meses, doblado como si fuera maleta de ropa... ¡como si no fuera niño!...

Al cuerpo deforme del futuro ciudadano, se unirá escasa inteligencia y un secreto deseo de venganza inexplicable.

Cumplidos los 17 años harán soldado *a la maleta* que lleva la campesina, al ahora niño que ya padece las muchas penas de la miseria de la madre enferma y pobre.

En el cuartel le enseñarán a patadas el manejo de las armas con las cuales matará campesinos.

En los cuarteles no preguntan cómo se nutrió en su niñez el soldado.

Reciben un cuerpo y lo disciplinan a patadas, lo domestican para el oficio de verdugo.

Bueno está.

La culpa es de las campesinas a quienes se les ocurre el deseo de tener hijos varones.

Santa Ana, El Salvador, 1932.

Mis perros valen más que tu hijo

En las faldas del Santa Ana, donde al beso de las lluvias florece el cafetal.

Marcelino vio la tierra negra, la besó enternecido y juró ser rico. Y desde entonces trabajó de peón día y noche. Hambreó, se desveló, se desangró, pero los años y las fatigas le dieron oro, y el oro, cafetales.

Se le murió de parto la esposa y le dejó un niño. El huerfanito creció mimado y *Señor de tierras fértiles*.

Patroncito le decían hasta los viejos y celebraban sus insolencias.

Crecido, a vagar fue al colegio, y a gastar dinero.

A vagar y a gastar dinero.

Muchas mañas le dio el internado, muchos humos el estudio, mucha soberbia los casimires.

Pasados diez años volvió al hogar campesino, llevando vacío el cerebro, muy árido el corazón y un titulillo de Tenedor de Libros.

Hubo fiesta en la casa del feudo. Bailaron las niñas que fueron de la ciudad, bebieron vinos finos los señoritos, *vieron, de lejos*, la fiesta los campesinos que amasaron el oro con que gozaba el *Patroncito*.

Finalizada la parranda, las niñas volvieron a la ciudad, los señoritos a su existencia de vagos, al yugo los campesinos.

El Tenedor de Libros se quedó en la finca, sin realizar nada bueno. Pero hizo muchos males en el feudo: violó campesinas, humilló peones viejos, fustigó niños débiles.

Una tarde (aquí debió empezar mi historia baladí) el niño de la cocinera se durmió en el patio, bajo el tamarindo.

Los dos perros lobos del amo (*enjiotados*, llena la piel de sarna) fueron a dormir con el niño, acercando sus cuerpos enfermos a la faz del chiquillo.

La escena se repitió varios días consecutivos, los perros lobos se habituaron a la siesta con el perrito humano y le pegaron el *jiote*.

Un jornalero le llamó la atención a la cocinera:

—¿Por qué dejás dormir al cipote pegado a los chuchos?

—Porque me da miedo la cólera del patrón. Se enoja mucho si ve que espanto los animales.

—Pero tu hijo está lleno de jiote y...

—¿Qué pasa? (Es la voz del Tenedor de Libros, del vago, del señorito).

—Le digo a la Juana que los perros enjiotaron al niño.

El señorito iracundo:

—¡Tanta bulla por un cipote infeliz!...

Y cada vez más furioso, como si le hubiesen robado mil dólares, se vuelve contra la cocinera y, tronando de ira, le escupe esta frase lapidaria:

—*¡Mis perros valen más que tu hijo!*

Así es. Los cachorros de raza fina valen mucho dinero en El Salvador.

En los hospicios regalan niños.

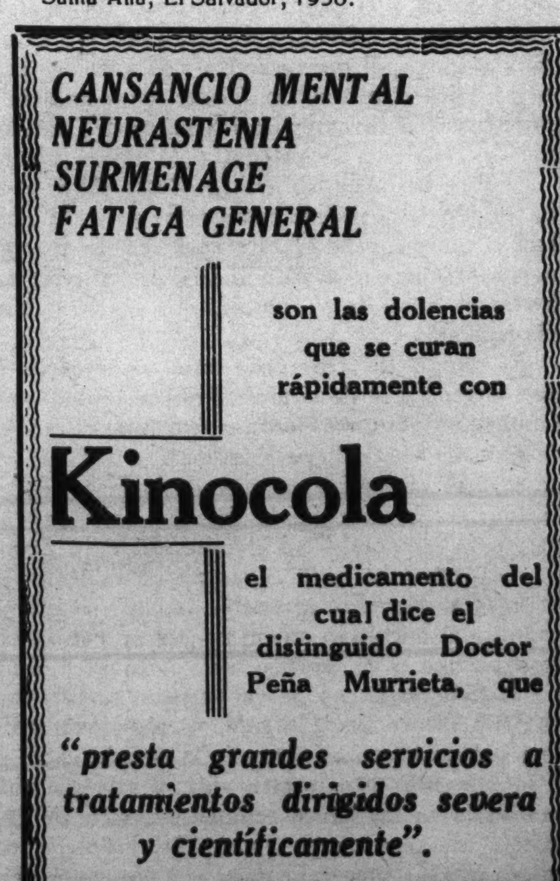
En El Salvador no hay hospicios de perros lobos, porque los perros lobos gozan de mucha estimación.

Sí, Valen más los perros que los niños...

(Que los niños pobres...)

FRANCISCO LUARCA

Santa Ana, El Salvador, 1936.



Libros y Autores

(Indice y registro de las publicaciones que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

Nuestro amigo y colaborador Norberto Pinilla, en Santiago de Chile (Correos: Casilla 3375), nos ha remitido:

Gibran Jalil Gibran: *Poemas escogidos.* Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1938.
El prólogo y la selección, de Norberto Pinilla. Las ilustraciones, de Luis Meléndez.

———

Los poemas, en estos libros, homenaje de sus autores:

Alfonsina Storni: *Antología Poética.* Espasa-Calpe, S. A. Buenos Aires-México. 1938.
Señas de la autora: Bouchard 484. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Mirta Aguirre: *Presencia interior.* Poemas. La Habana 1938.
Señas de la autora: I. Nº 513. Vedado Habana. Cuba.

Eugenio Florit: *Reino* (1936-1938). La Habana. 1938.
Señas del autor: Aguiar 38. La Habana. Cuba.

Dalia Iñiguez: *Ofrenda al hijo soñado.* Doce poemas de ternura. Santiago de Chile. 1937.

Ciro Mendia: *Escuadrilla de poemas.* Medellín, Colombia 1938.
Con el autor: Calle de Maracaibo 49-110. Medellín, Colombia.

Germán Pardo García: *Presencia.* Editorial Cultura. México, D. F. 1938.
Con el autor: Calle 14. Nº 6-36. Bogotá, Colombia.

Efrén N. Mata: ... Poemas. México. 1938.
Señas del autor: 6ª de San Luis de Potosí 131 A. Depto. 3. México, D. F., México.

Gustavo A. Serna: *Parábola roja.* Poemas. Ediciones *Surco.* 1938. Loja, Ecuador.

Luis de Paola: *Advenimiento.* 1938. Buenos Aires.
Señas del autor: Belgrano 900. C. Pringle. F. C. S. Argentina.

María Loucel: *Ilapso.* New York. 1936.

———

Los cuentos y novelas, en estos libros, homenaje de sus autores:

Joel Patiño: *El Surco.* Ediciones Botas. México. 1938.
Con el autor: Frco. Marquez 19. México, D. F. México.

Gregorio Sánchez Gómez: *El burgo de Don Sebastián.* Novela. 1938.

Enrique Othón Díaz: *S. F. Z.-33 escuela.* La novela de un maestro. Ediciones del Grupo en Marcha. México, D. F. (Oficinas: Madero 28. Desp. 103.)

Antonio Arraiz: *Puros hombres.* Novela. Caracas. 1938.

Juan Bosch: Camino real. Cuentos. 2ª edición corregida. Santiago, Rep. Dominicana. 1937.
Con el autor: Brau 1. San Juan. Puerto Rico.

———

Otros libros, donación de sus autores:

Luna en el Trópico. Ediciones I. R. Santa Ana, El Salvador.
(Son cuentos y versos).

180 *Poemas de los niños de la Escuela de Jesualdo.* Prólogo y epílogo de Jesualdo. Edit. *Claridad.* Buenos Aires.

Con Jesualdo: Félix M. Olmedo 3611. Montevideo, R. O. de Uruguay.
(Hay que fijarse en lo que dice y hace Jesualdo).

Virgilio Ferrer Gutiérrez: *Itinerario.* Temas americanos. La Habana. 1938.

Los temas: Una página de la historia dominicana. Eloy Alfaro y Cuba. América y la Sociedad de Naciones. *Benjamin Constant.* Montecristi. Mi recuerdo personal de Vargas Vila. La muerte de *Ariel.* Martí y nuestra América. Una cruzada antibolivariana. Europa y México. El centenario de Paredes. Colón nunca estuvo en La Habana. Una biografía de García Moreno. La batalla de Tarqui.
Con el autor: 23 Nº 754. Vedado. La Habana. Cuba.

Dr. Manuel Núñez Regueiro: *Suma contra una nueva Edad Media o Sentido y justifición del Cristianismo.* Rosario, Argentina. 1938.
Con el autor: Calle Mendoza 1578. Rosario, Argentina.
(El Dr. Núñez Regueiro es profesor titular de Filosofía general en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de la Universidad del Litoral).

El tomo I de las *Escrituras Completas* de Eduardo Picón Lares: *Revelaciones de Antaño.* Caracas. 1938.
Con el autor: Velázquez a Santa Rosalía 103. Caracas. Venezuela.

Artenio Moreno: *Parábola del Tiempo.* I. Las cuatro estaciones. II. Papeles privados. III. No matarás. IV. La inteligencia feliz. Reencuentro. Buenos Aires. 1938.
El epígrafe: *Tanto como una obra de Dios, somos una obra del tiempo. Un canto rodado en la cuenca de los días.*
Con el autor: Beltrán 46. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Miguel Campos Yáñez: *La educación artística.* Organización, método y propaganda. Iquique, Chile. 1938.

Angel Fragapane: *El libro del sentido vital.* Edit. Cultura. Buenos Aires. 1938.
La dedicatoria: *A la juventud de América, esperanza del mundo.*
Con el autor: Huarpes 327. Mendoza. Rep. Argentina.

Justino Cornejo: *Fuera del Diccionario.* (Unas tres mil voces i acepciones que no constan en el léxico oficial castellano). Prólogo de Nicolás Jiménez. Quito, Ecuador. 1938.
La dedicatoria: A la Provincia de los Ríos, la bella y generosa tierra en que nací, con mis votos por verla redimida de los Gobernadores cínicos, ignorantes i perversos, i de los *representantes* sin alfabeto, sin moral y sin bandera. Con todo mi filial cariño.

Miguel Acosta Saignes: *Latifundio.* México, D. F. 1938.
Del Indice: Imperialismo y latifundismo. El latifundio en Venezuela. Incapacidad económica del latifundismo. El problema de la tierra en América.
Con el autor: Rosales 2, 4º Piso. Dep. 2. México, D. F.

Juan Carlos Sabat Pebet: *Retornos del Apex.* Montevideo. 1938.
Advertencia: *El autor no se ha propuesto autoclasificar este libro. Ruega que no se le clasifique.*
Del Indice: En torno a Rodó. Del retablo gongorino. Esplín de cátedra. Visitas (Karl Vosler, William Berrien, Américo Castro).
Con el autor: Jaime Zudáñez, 2774. Montevideo, Uruguay.

———

Extractos y otras referencias de las obras antecitadas, en ediciones próximas. (Seguimos leyendo).

Conocimiento y expresión de la Argentina

Por NORBERTO PINILLA

—*Colaboración.* Santiago de Chile, 16 - IX -38—

En la venidera historia de Hispano América el siglo XX, acaso, sea sólo el subsuelo en que se apoye la verdadera cultura de los "Estados Desunidos del Sur". La actuación de los hombres (y las mujeres) de hoy tal vez no resulte brillante a través de las edades.

Por lo demás, estoy convencido que para llegar a valer auténticamente, es indispensable austera voluntad de humildad. Por modo que se necesita humildad para preparar el advenimiento de superaciones sucesivas. Porque cultura significa, en su dinámico y legítimo sentido, voluntad de mejorar lo individual y lo colectivo, lo íntimo y lo público.

Por ahora es indispensable ir acumulando los datos para la interpretación de este continente pueril, ingenuo y medio despoblado. Es la tarea preparatoria del acarreo de materiales. Faena, en verdad, sin brillo; pero que supone decoro y honradez.

Eduardo Mallea, elegante literato argentino, al publicar su *Conocimiento y expresión de la Argentina* (Ed. Sur, Buenos Aires, 1935) ha hecho una penetrante interpretación, no sólo de su patria, sino del mundo hispanoamericano. La publicación del autor de *Nocturno europeo,* viene, pues, a ser uno de esos documentos tornasolados por el cristal de un yo argentino; pero que expresa, de manera fehaciente, anhelo de conocimiento. Esto es, convertir en categoría de validez objetiva los procesos de plasmación de la cultura de Hispano América. En otras palabras, explica el "modus" de transformación del "caos" en "cosmos".

Sudamérica no posee todavía estilo peculiar, porque está en la oscura labor de cavar para poner los cimientos. Sólo mañana se verá la torre —elegante o altanera, sólida o endeble— de su edificio civil. Por hoy se trata de un mundo semi rural. El ruralismo es una etapa previa y es preciso esperar, aunque sea triste y molesto, su plena madurez.

Para Eduardo Mallea "toda la devorante fuerza de este continente tiende con desesperación a la voz" (p. p. 15 y 16). El escritor, en la citada proposición, pinta con acierto el drama sudamericano. La devorante fuerza del continente ha presionado en tal forma al hombre inmerso en el mar terrestre y no atina a ver su alma. La literatura más valiosa de América española tiene por personaje de fondo y casi por personaje epónimo el paisaje "devorante del continente".

Pero por fortuna ya hay algunos signos en la novelística (forma epopéyica, por lo tanto, primitivismo estético) sudamericana del *hallazgo* del hombre: novelas mejicanas, ecuatorianas, argentinas, chilenas y uruguayas comienzan a ser menos vegetales para ser más humanas.

El mismo Eduardo Mallea, aunque no conozco más que el opúsculo que comento y su pulido relato subjetivista titulado: *Nocturno europeo*, es un escritor del nuevo tipo. O sea: hombre que busca y encuentra la "voz" y la "expresión" de esta América rural e inocente.

La dictadura espiritual de Europa tiene que terminar algún día en Sudamérica. Así lo exigen el decoro y la dignidad de los hombres y los pueblos del continente de Sarmiento y Lastarria.

La gallardía conceptiva de Mallea es lección viva, viva por la fertilidad del tema, tema que promete completar con una *Introducción al estudio de los nuevos valores argentinos*. Mientras tal promesa se cumple, me complazco de haber leído a tan eficiente poeta del pensamiento, de esta "patria grande" de mañana.

Los monos del Mar Muerto

Por TOMAS CARLYLE

=Dos fragmentos de *Pasado y Presente*. Ediciones de "La España Moderna". Madrid =

Pocas narraciones hay, sin duda alguna, en la historia o en la mitología, más significativas que la referente a Moisés y a los habitantes del país vecino al Mar Muerto. Una tribu de hombres habitaba las costas del lago Asfáltito; los que lo formaban habían olvidado —como todos nos inclinamos a hacer— los hechos constitutivos de la Naturaleza, y, contentándose con las falsedades y apariencias, cayeron en triste condición, deslizándose hacia otro lago mucho más profundo. En tal estado, plugo al cielo clemente enviarles al profeta Moisés con palabras de aviso, de las que pudieron haber sacado no pocas "medidas curativas". Pero no: los hombres del Mar Muerto —como todas las variadas especies de esclavos, en presencia de los héroes o de los profetas— no descubrieron bondad alguna en Moisés; escucharon los avisos mosaicos con enojo real, con ligera mueca de desprecio, con irónica sonrisa y con fingido bostezo; en suma, dieron a entender que no veían en él más que a un embaucador y a un majadero. He aquí la cándida teoría que los hombres del lago Asfáltito formaron respecto a Moisés: que era probablemente un embaucador y, ciertamente, un majadero.

Moisés se aleja; pero la Naturaleza y sus rigurosas veracidades, no se alejan jamás. Los hombres del Mar Muerto, cuando después los encontramos, estaban todos "convertidos en monos" (1), sentados sobre los árboles y haciendo muecas de la manera más natural; charloteaban, produciendo confusa algarabía y enormes necedades, y encontraban el universo metamorfoseado en centro de charla. El universo se ha trocado en centro de charla para estos monos, que lo tienen por tal. Desde entonces continúan sentados sobre los árboles, hablando mil tonterías. Cada sábado, según creo, les asalta vago sentimiento, débil conciencia, reminiscencia lejana; y allí siguen quietos, con los rostros encantados, secos por el humo y por la vanidad y con aspecto eminentemente trágico, como pueden tenerlo los monos; con los vivarachos ojos, velados por el humo, contemplan el universal crepúsculo humeante y la oscuridad de las cosas indescifrables y confusas; total incertidumbre e ignorancia existen en ellos y en tal espectáculo; y por comentario de todo, óyese, de tiempo en tiempo, confusa algarabía o maullido discordante; ¡la más real, la más trágica de las farsas que puede concebir el espíritu del hombre o del mono! No habían hecho uso de sus almas, y por tanto, las perdieron. Su santificación el día del sábado consiste ahora en treparse sobre los árboles, lanzando discordantes gritos, en tanto que, vagamente, recuerdan que hubo tiempo en que tuvieron alma.

¿No has encontrado jamás, oh viajero, algunos miembros de esta tribu? Creo que en nuestros días se han multiplicado bastante.

Una de las cosas más divertidas es la creencia de que la libertad del hombre consiste en acudir con el voto a las urnas electorales y decir: "Ved, ahora represento la diezmilésima parte de un orador en el mentidero nacional; ¿no me serán los dioses propicios?". La Naturaleza, al presente, muéstrase bondadosa; pone estas ideas en la cabeza de muchos, de casi todos los hombres. Esta libertad particular que se compra con el aislamiento social, por virtud de la que cada hombre se encuentra separado de los demás, sin más relación que la del salario, es libertad como pocas veces ha visto la tierra; y la tierra no la tolerará mucho tiempo por grande que sea el elogio que hagáis. Esta libertad se transforma, antes de permanecer mucho tiempo en acción, antes que los hombres le hayan arrojado sus sombreros, en la libertad de morir de hambre dos millones de obreros; en la libertad más fatal aún, de

(1) Sale: *Korá* (Introducción).



....eso somos

Madera de *Emilio Prieto*

millares de ociosos que viven en el aislamiento, para pasarse la vida sin trabajar, para no tener ningún deber serio que cumplir en este universo de Dios. ¿Qué llega a ser de un hombre en tal estado? Las leyes de la tierra callan; las de los cielos hablan; pero la voz no se oye. La ociosidad, unida al deber ineludible de trabajar, engendra nuevas y extrañas filosofías, nuevas y extrañas prácticas de la vida. El dilettantismo, el indiferentismo, el bello brummelismo —quizá con explosión de protesta momentánea, casi frenética del byronismo— se entronizan por sí propios; al cabo de algún tiempo, si retornáis al "Mar Muerto", encontraréis a nuestros referidos amigos los mahometanos celebrando de extraño modo el "día sábado". Hermanos, todavía no conocemos más que imperfectamente, después de tantos años de gobierno constitucional, lo que son la libertad y la esclavitud.

La caza de la libertad, en dirección de la democracia, seguirá hasta el fin, sin que puedan detenerla Pferdefuss - Quacksalber ni ninguno de los que le acompañan. Los millones de trabajadores de la humanidad que sienten necesidad vital y deseo instintivo y apasionado de guía, arrojarán lejos de sí esta falsa guía; esperarán durante una hora que esta pseudo-guía pueda servirles; pero esto no durará más que una hora. El punto menos importante de la esclavitud humana, es la opresión del hombre por sus falsos superiores, es el punto más palpable, pero, como digo, es el más insignificante. Que el hombre sacuda tal opresión, que la aplaste indignado bajo el pie, no le censuro, le compadezco y le aplaudo. Pero una vez sacudida la opresión de los falsos superiores, queda todavía por resolver este gran problema: encontrar gobierno de verdaderos superiores. ¡Ay! ¿Cómo llegaremos nunca a la solución de tal problema hundidos en las tinieblas, extraviados, henchidos de vanidad y de insolencia y olvidados, como estamos, desgraciadamente, de Dios? Este es trabajo que exigirá siglos, lo aprenderemos a costa de tribulaciones, confusiones, insurrecciones y obstrucciones ¡quién sabe si a costa de la conflagración y de la desesperación! Es lección que contiene en sí todas las lecciones; es de todas las lecciones la más difícil de aprender.

Una cosa sé: aquellos monos, charlando sobre las ramas de los árboles, cerca del Mar Muerto, no la han aprendido nunca, pero siguen charlando todavía. Fuera inútil que ningún Moisés volviera de nuevo entre ellos; mil profetas como Moisés no serían sino otros tantos fantasmas pintados, interesantes colegas de un nuevo y extraño aspecto a quienes ellos "invitarían a comer" y serían dichosos encontrándolos en sus reuniones. Para ellos, la voz profética, la advertencia divina, han dejado de oírse. Charlarán allí, con el cielo siempre cerrado, hasta el fin del mundo. ¡Desgraciados! ¡Oh! en comparación, ¿qué es morir de hambre teniendo en las manos honrados instrumentos, en el corazón un objeto digno del hombre, y viendo a su alrededor una gran parte del trabajo realizado? Vosotros, honradamente, dejad vuestras herramientas; dejad la tarea más complicada de rudo trabajo, alimentación escasa, tristezas, abatimieno, contradicciones, después de haber luchado honradamente contra todo... y esperad, no con entera desconfianza, lo que los poderes supremos, los silencios y las eternidades pueden tener que deciros.

Una segunda cosa sé: esa lección habrá de ser aprendida... bajo severas penas. Inglaterra ha de aprenderla o dejará de contarse en el número de las naciones. Inglaterra, o bien aprenderá a venerar a sus héroes, a distinguirlos de los falsos héroes, de los cobardes y de los histriones iluminados por candilejas; aprenderá a estimarlos como a la voz de Dios, perceptible, en medio de la vana charla y de la gritería del mercado que ahora se escucha, y les dirá con toda la lealtad de su corazón: "Sé nuestro rey y nuestro sacerdote, nuestro evangelio y nuestro guía" o de otro modo, Inglaterra continuará adorando las formas nuevas y continuamente renovadas del charlatanismo, y descenderá —poco importa entre qué choques y rebotes— hasta reunirse con el padre de los charlatanes. ¿Debo temer semejantes cosas de Inglaterra? Miserables mortales de ojos vendados y corazón endurecido, ¿por qué os obstináis en adorar errores y "maniquíes" fabricados por la novena parte de la humanidad? Porque no son, acaudalados industriales, vuestros bolsillos, vuestras rentas, vuestros comercios, los únicos que sufren por alto que os lamentéis acerca de ella; no, hay algo más; se trata de algo más profundo que todo esto: se trata de vuestras almas, que yacen muertas, aplastadas bajo despreciables pesadillas, ateísmos y vapores del cerebro; y no son, ciertamente, almas, sino simples sucedáneos que reemplazan a la *sal* para impedir la putrefacción de vuestro cuerpo con sus apetitos. Vuestras filaduras de algodón, vuestras máquinas tres veces milagrosas, ¿qué otra cosa son sino el animalismo en proporciones más grandes? Las arañas saben tejer; los castores saben construir y revelan inventiva; la hormiga, por la acumulación del capital, forma un banco de tierra. Si en el hombre no hay una alma más alta que todo esto, aun cuando encontrase el medio de navegar sobre una nube o de tejer la arena del mar, el hombre, repito, no sería más que un animal, una especie de bruto más diestro que los demás; no tiene alma, sino un sucedáneo que reemplaza a la *sal*. Así que, viéndose, en realidad, entre las bestias que perecen, deberá admitirlo —según creo— y matarse en el acto él y todos los demás a su ejemplo; así *acabará*, al menos, de manera digna del hombre y se despedirá dignamente de este mundo de brutos.

¡Yo soy más alto que papá!

Encontramos la patria hecha y no pensamos en lo que sufrieron nuestros padres para hacerla. Una generación sin ideal se encuentra dueña del terreno que ocupa, y muy ingrata, con sentido histórico detestable, maldice de aquella que saneó sus títulos y se los dejó en herencia. Nos aprovechamos de la victoria ajena y ennegrecemos el nombre del generoso vencedor.

Somos más que nuestros padres... Y quienes así se expresan cuán como aquel niño hablan, como aquel niño que encaramado en los hombros de su padre, gritaba en su inocente orgullo:

—¡Yo soy más alto que papá!

(Manuel Domínguez, *El alma de la raza*. Asunción, Paraguay. 1918).

Oratoria y estudio

Su devoción por la filosofía estoica llevó a Cicerón hasta la escuela de Posidonio, que dictaba sus lecciones en la isla, fortificando así los principios filosóficos, que vemos más tarde informando todos los actos de su vida y siendo objeto predilecto de sus especulaciones y escritos.

Cicerón comprende demasiado que la oratoria sin la profundidad de los conceptos es vana y deleznable; por tal motivo se aplica con el mismo empeño al estudio de la elocuencia y la filosofía.

(Alejandro Vicuña, *Cicerón*. Santiago de Chile. 1933).

Sólo el esclavo era libre

Este sabroso testimonio de Quevedo en su *Vida de Epicteto:*

Fue esclavo de Epaphrodito, soldado de las guardas de Nerón, en Roma. Fué tal Nerón, que en su tiempo ser esclavo en Roma no era nota, sino ser ciudadano; pues era esclavo en la República que era esclava. Todos lo eran: el Emperador, de sus vicios; la República, del Emperador; Epicteto, de Epaphrodito. ¡Oh alto blasón de la filosofía, que cuando el César era esclavo y la República cautiva, sólo el esclavo era libre!

(*Moralistas griegos*. Biblioteca Clásica. Madrid. 1888).

John M. Keith & Co. S. A.

San José. Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co).
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX
Plantas Eléctricas Portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass C.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)
Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH — **RAMON RAMIREZ A.**
Socio Gerente *Socio Gerente*

El hombre eterno

Por MARIO BRICEÑO IRAGORRY

= *Colaboración*. San José de Costa Rica. Diciembre de 1938 =

La fantasía del medioevo creó la figura trashumante de Ashavero, eterno peregrino en medio de todas las razas, desde la hora misma en que negó descanso al Hijo del Hombre, abrumado con el peso del verde leño donde fue ajusticiado por el imperdonable delito de predicar la Verdad. Símbolo o concreción del pueblo elegido, se le ha visto cruzar, escuálido y acosado por odios volcánicos, al través de todos los rincones de la historia. Para Ashavero no hay penumbra benéfica que sirva a cobijarle de los rencores desmesurados de quienes le persiguen, ellos para que expíe la culpa de su impío rechazo del Nazareno, ellos para lucrar con el fruto de la paciente labor que Ashavero acumula durante sus horas sedentarias, y que deja tras sí al sonar el clarín que le recuerda la condena de ambular siempre.

Yo he visto también, con los ojos atónitos de los hombres del milenario, cruzar en la noche la figura maldita del eterno proscrito. Envuelto en larga capa desflocada que contesta el correr de los siglos y refleja el azar de su vida andariega, he encontrado al errante Ashavero en mi ruta de mortal. Ha pasado junto a mí como una pesadilla, evocadora de los cuentos de Hoffman y de las brujas siniestras de Macbeth. Fue él, Ashavero el incansable, el deshacedor de caminos, el proscrito de la quietud, el eterno caminante de la noche. Era el errante judío de la leyenda. Mi sangre sentí helada y mi lengua fue al primer momento lerda para decir su nombre. Ashavero corría cual pluma llevada de ásperos vientos. Sus largos pasos mostraban una dolorosa experiencia de andar siempre. "Ashavero, detente, óyeme, quiero hablarte. Ashavero, escucha un breve momento mi palabra". Y corrí en la noche tras el espectro funeral del perpetuo ambulante. "Oye, espérame, no te haré daño, ni maldeciré tu rostro". Y Ashavero se perdió en la sombra.

Otra vez y otras muchas el destino me llevó a topar en las encrucijadas sombrías con la figura repugnante del hombre maldito. Y cada vez le vi con rostro nuevo; sólo era igual en él el rictus doloroso que delata al pecador sin penitencia. Por fin le hablé frente a frente en el cruce del ancho camino. "Ashavero, ya no podrás negar respuesta a mis palabras. Detén tu paso veloz". Y la figura horrible del proscrito de la paz se detuvo un instante frente a mí. Era en verdad un hombre eterno. Espantoso en su aspecto, diríase que había devorado siglos. Semejaba la propia negación del tiempo. Ante la impasible y larga mirada de sus ojos llenos de horizontes, se sentía una manera de regreso de la historia, se percibía como una vuelta de las cosas con pasos contrarios, al igual de las cinematografías que se desarrollan al revés. Un rumor de cosas muertas y trasoídas parecía llenar los ámbitos. El eterno caminante estaba al fin silencioso frente a mí. También le miraban en silencio mis ojos, absortos ante la contemplación de aquella existencia a la que sólo ofrecerán quietud las postrimerías. Poseído de la irrealidad del tiempo, como debieron estar los que después de su regreso de la muerte se sentaron a la mesa de Lázaro, mis labios no acertaban el sentido actual de las palabras, y deseoso de romper el silencio de eternidad que se hacía a mi lado, pregunté con torpeza pueril: "¿Es verdad, Ashavero, que nunca has vuelto a descansar?" Y de la boca hermética que guarda el secreto de los imperios caídos en la noche, salió una voz de tono desolado que me dijo: "Nunca hablo a los hombres si no es para pedirles mi muerte, pero sabe que soy más viejo que ese falso Ashavero con que me confunde la leyenda. Antes de que el Hijo del Hombre hubiera reclamado el descanso que se me imputa haber negado, ya era mi destino caminar entre la maldición de los hombres de la paz. Aconsejé a Ciro y a Darío. Con Aníbal amenacé la grandeza de la roma antigua. Afilé el puñal de bruto y con Nerón reí ante el espectáculo de la ciudad en llamas. Viví entre los Hunos de Atila y ayudé a quienes cambieron el mapa de la vieja Europa. Un monje vigilante me vio varias veces entre las nocturnas sombras, y para explicar mi paso veloz, coincidente con las grandes vendimias de la culturas de la sangre, edificó la leyenda la maldición del Viernes Santo. Insensible a la muerte, la busco de manos de mis propios hijos, a quienes adiestro en el arte y en la ciencia del crimen; pero ¡oh!, fatal sino!, cada nuevo golpe hace que sienta crecedero mi vigor. Los años, los siglos, los milenios pasan sobre mi cabeza atormentada, y siempre seguiré insuflando el odio entre mi prole inmensa"...

Ashavero cortó con brusquedad inaudita su discurso. En la noche brillaban sus ojos como ascuas y hubo un nuevo silencio de eternidad, tal como si sus palabras, lejos de temporizar el fantástico personaje, le hubiesen trasladado a una lejanía de planos infinitos. Una vez más mis labios porfiaron a expresar las ideas que atormentaban mi mente, mas apenas pronunciado el nombre maldito, se acercó hacia mí, quedo, en aire de misterio, y con la lentitud de quien delata la fórmula secreta de una liturgia maldita, dejó rodar en mi oído estas horrendas palabras: "Ashavero, nó!... Caín!... Olvida las leyendas y destruye la realidad"...

Y al volver del espanto que trajo a mi conciencia el hallarme frente al viejo abuelo de todas las razas, frente al Hombre que no ha matado la realidad de su fuerza salvaje, vi cómo el eterno caminante seguía su camino con la velocidad de quien quisiera huir su propia sombra. "Ashavero!... Caín!... Aguarda!", grité con voz desesperada, y me di a seguirle en la apretada noche. Inútil alcanzar al vencedor de todas las rutas. Pronto su figura inmensa se hizo una con las sombras, y luego, luego, al romper un rayo de la luna la tiniebla espesa, mis ojos divisaron sobre el blanco camino las largas huellas sangrientas de unos pies deformes. Y las huellas crecían, crecían, cual si mantuviesen la fuerza toda del hombre eterno que las dejaba impresas; y la blanca luz de la luna se reflejó impasible sobre el ancho camino, como si cayese sobre un desmensurado espejo maldito.

El busto de Montalvo

= De *El Gráfico*. Bogotá, 29 de octubre de 1938 =

Don Juan Montalvo está aquí. En bronce y en la biblioteca. Como en su casa está en la biblioteca y como en su casa está en Colombia. El letrado exquisito, el filósofo, que mojó la pluma en el tintero de Cervantes y dijo también cosas hondas sobre la vida y sobre el universo, llega en triunfo a la ciudad de los libros, y el batallador, el fustigador de todos los despotismos, morales o políticos, de la Iglesia o del Estado, llega, en triunfo también, a la ciudad redimida, a la ciudad de los emancipadores sacudimientos, donde el frenesí se ha puesto permanentemente en el empeño de que sean libres la pluma y la palabra.

Nos quiso don Juan Montalvo, como lo quisieron nuestros compatriotas del sur, en una de cuyas poblaciones vivió aislado, respirando un aire sin las mefíticas emanaciones que entonces tenía él de su patria. Nos quiso, como lo quisieron, sin conocerlo, sus pares en humanismo, a fuer de hidalgos y de señores del espíritu. Y nos quiso como si presintiera esta devolución colombiana de posteriores generaciones, que saludan en él al escritor y al visionario, al hombre de pensamiento y al hombre de carácter. Enfrentado a otro grande, pero un grande sombrío, su duelo con García Moreno fue digno del escenario de volcanes y del escenario de América.

Su frase, cuando el puñal de Rayo se clavó en el pecho del dictador, no sonó por eso como una profanación ante la muerte: "Mi pluma lo mató!" Don Juan Montalvo estaba en un momento de abstracción. Se refería a la idea. El no pudo gozar con la violencia, ni sentir que lo honraba la sangre del caudillo asesinado. Pero mató o creyó matar lo que él representaba. Buena muerte! Pero tampoco! Renació en seres inferiores a García Moreno. Si la pluma de Montalvo había sido una espada contra el grande, fue un látigo contra la piara de los pequeños. No ha debido ocuparse de ellos. Los honraba atacándolos. "¿Por qué fatalidad pluma como la de Juan Montalvo, dijo don Santiago Pérez, tiene que ocuparse en catilinarias contra Catilinas que todos juntos no valen uno de sus rasgos?"

Pero también es cierto que él dio la explicación. El no escogió el lugar de su nacimiento, ni escogió los contendores. "Mientras la suerte me depara Filipos para filípicas y Verres para verrinas, lleven vuesas mercedes en paciencia que yo embista con esos cueros de vino llamados presidente el uno, general en jefe el otro y los despanzurre". Y algo más importante, porque es más bello y más hondo que el combatir contra gigantes o contra molinos de viento o contra pellejos que se revientan y en vez de sangre chorrean vino: "Tan benemérito será del género humano el que saque del abismo de la servidumbre a un puñado de gente desgraciada, como el que rompa las cadenas de un pueblo numeroso". El libertador liberta allá o acá, en Suiza o en los Estados Unidos, en México o en Colombia, en Cuba o en las Filipinas. Y es libertador. Lo que importa es la causa, el arranque, el ademán. Lo que importa es la lid. Lo que importa es la victoria.

Y ahí está ese señor libertador del espíritu y defensor de sus gentes, de las oprimidas, que fue don Juan Montalvo. Lo trajo Benjamín Carrión, el pensador y el artista, que tan gallardamente lleva la representación del Ecuador en Colombia y lo trajo como un regalo de su patria, porque su patria y él sabían que en la compenetración de los dos pueblos ninguno de los de allá nos satisface tanto como don Juan Montalvo o, por razones muy distintas, pero que se entran

Solicite este semanario a la Señorita
MATILDE MARTÍNEZ MÁRQUEZ
LIBROS
La Habana, Cuba. - Apartado 2070.
Teléfono Fo. 2539.

derecho al corazón, como don Eloy Alfaro. Y ya teníamos a Alfaro. El hombre cuyo pan fue el hambre y cuyo vino fue la sed, como él lo dijo, continuó en sus empresas, no obstante la inferioridad del motivo, porque encontró que García Moreno le había quitado al pueblo el amor a la libertad, "no del pecho solamente, sino también de la memoria". Y hoy se encuentra en un santuario donde la libertad, lo que él amó, por lo que él padeció, no es recuerdo sino vida.

Lo recibieron con todos los honores, después de que el ministro, en frases conceptuosas, hizo su alabanza, el señor presidente de la República y el señor ministro de Relaciones Exteriores. Hablaron lo que convenía, en nombre de Bogotá y en nombre de Colombia, los dos altos funcionarios. Don Juan Montalvo, a quien de su vida no le hubiéramos quitado sino el pequeño momento teatral, tan elogiado, antes de su muerte, queda imperando en su centro y en la atmósfera que más gustó a su espíritu. De paso decimos que es más filósofo el indio que se tumba y se muere sin preocuparse por el cadáver y por la sepultura, que quien se adereza, como para recibir una grave visita, cuando siente los pasos de la Intrusa. Pero ese es un detalle en quien tantos detalles de estoicismo tuvo y a quien la lengua mágica le sirvió para vociferar gloriosamente contra los tiranos y para dialogar sosegadamente, sobre asuntos eternos, en el banquete de los filósofos.

L. E. Nieto Caballero

Alrededor de la Octava Conferencia...

(Viene de la página 69)

Magda Portal ha pretendido emigrar a cualquier país de América y aún se ha valido de amistosas influencias diplomáticas ante sus carceleros peruanos, quienes le niegan el pasaporte, pues "en el exterior contribuirá a intensificar la campaña de calumnias contra el Gobierno del Perú, y aquí tiene que estar tranquila"—palabras textuales del Canciller Concha.

Actualmente está amenazada de prisión por la proximidad de la Conferencia Panamericana, a cuyas delegaciones puede interesarles conversar con la luchadora peruana. Y no sería raro que se le alojase por "precaución" en su ya familiar celda de la Cárcel de Santo Tomás.

¿CUAL SERA EL PAPEL DE LAS DELEGACIONES A LA CONFERENCIA PANAMERICANA?—Hay un viejo refrán español que dice que en la casa del ahorcado, no se debe mencionar la cuerda. ¿Qué hará la delegación de los Estados Unidos que fungen campeones de la Democracia, a la hora de tratar tema tan trascendente en un país brutalmente tiranizado? Se pronunciarán discursos como el de Mr. Roosevelt en Buenos Aires, condenando los regímenes de fuerza y abogando por el derecho de los pueblos? ¿O se limitarán las delegaciones a discutir temas intrascendentes, o a fustigar los regímenes antidemocráticos de Europa, aprobando con un silencio tácito, la situación del Perú? ¿Es que Estados Unidos—y Mr. Roosevelt en primer término—solo buscan la amistad con los gobiernos de América para fundamentar una política de oposición a Europa, sin importarles la suerte de los propios pueblos oprimidos del Continente? ¿O es que, dentro de las sutilezas de la política internacioal, la referencia significaría intervención en los asuntos internos? Estos y muchos otros interrogativos se plantean ahora los hombres libres de todo el Continente y en especial, los hombres y mujeres humildes del Perú a quienes el régimen tiránico niega todo derecho de libertad y aún de vida.

Eleuterio Pozo
Redactor Corresponsal

Hervidero de pasiones

Y así vivían, si aquello era vivir, los pueblos americanos. Belzú renunciando a la Presidencia en 1855, decía:

"Revoluciones sucesivas, revoluciones en el Sur, revoluciones en el Norte, revoluciones fomentadas por mis enemigos, encabezadas por mis amigos, combinadas en mi propia morada... Dios mío!..."

Dios mío! Belzú pensó retratar a Bolivia y retrató a la América. Pintó la demagogia, pero no pintó la Dictadura y la abyección, porque abyección, dictadura y demagogia había en aquel hervidero de pasiones, maldades y miserias. El genial Facundo *de Sarmiento, escrito en 1845, es una instántanea de la América de entonces, una de sus más temerosas manifestaciones, el malvado que pasea sus huestes, talando, incendiando, exterminando —el tigre de los llanos!*

(Manuel Domínguez, *El alma de la raza*. Asunción, Paraguay. 1918).

Es un vivificador

De Martí, en la plática mano a mano, en la efusión espontánea de su pensamiento ardoroso, que brotaba por los labios, los ojos y los ademanes, podía decirse con verdad lo que el Cosimo de D'Annunzio dice el escultor Gadi: "Pertenece a la más noble de las castas humanas; es un vivificador."

(Lo dice el Dr. E. J. Varona en el Vol. VIII de las *Obras* de José Martí. Edición de Gonzalo de Quesada. Habana. 1909).

El boyero y la hilandera

(Viene de la última página)

El boyero se subió en la vaca. En un momento comenzaron a brotar nubes de sus pies y se alzó en el aire. El boyero sentía en sus oídos un zumbido como de viento. Corrían rápidos como el relámpago. De pronto la vaca se paró. "Ya estamos" —dijo—. Entonces el boyero miró en derredor y vió bosques de crisoprasas y árboles de nefrita. La hierba era de jaspe y las flores de coral. Enmedio de esta magnificencia se extndía un lago cuadrado de cien millas. Se levantaban en ondas las aguas verdes y nadaban por la superficie dorados peces. Había además infinitos pájaros encantados, que volaban cantando. Ya de lejos vió a las nueve muchachas en el agua. Habían dejado sus vestidos en la orilla.

"Coge aprisa el vestido rojo —dijo la vaca—, y escóndete con él en el bosque, y aunque te lo pida tiernamente, no se lo des hasta que te haya prometido ser tu mujer". El boyero se apeó rápidamente de la vaca, cogió el vestido y echó a correr con él. En este momento le vieron las nueve muchachas, que se asustaron mucho. "¿De dónde vienes, joven, que te atreves a coger nuestros vestidos? —le dijeron—. Vuelve a ponerlos en seguida en su sitio". Pero el boyero no se asustó, sino que se escondió debajo de una de las flores de nefrita. Entonces ocho de las muchachas vinieron corriendo a la orilla y se pusieron sus vestidos. "Hermana séptima —dijeron—, el que te está destinado por el cielo ha llegado. Nosotras, tus hermanas, te dejaremos sola con él". La hilandera se quedó acurrucada en el agua. Estaba llena de vergüenza y le habló al muchacho: "Boyero, devuélveme ahora mismo mi vestido". Pero el boyero se estuvo quieto, riéndose. "Si me prometes ser mi mujer —dijo—, te devolveré tus vestidos". Pero la doncella no estaba conforme. "Yo soy la hija del señor de los dioses —dijo—, y no puedo casarme sin orden suya. Dame enseguida mi vestido, si no mi padre te castigará".

Entonces la vaca amarilla dijo: "Estáis destinados uno a otro por la suerte; yo me encargo de servir de intermediaria para vuestro matrimonio y el señor, tu padre, no tendrá ningún inconveniente en autorizarlo". La doncella dijo: "Tú eres un animal irracional. ¿Cómo podrías servir de intermediaria?" La vaca dijo: "Pregúntale al viejo sauce que está en la orilla. Si habla, es señal de que el cielo aprueba vuestra unión". Y la doncella le preguntó al sauce. Y el sauce respondió con voz humana:

Hoy, en la séptima noche,
el boyero desposa a la hilandera.

Entonces la doncella se conformó. El boyero dejó el vestido en el suelo y echó a andar. La muchacha se vistió y le siguió. Y fueron marido y mujer.

Pero a los siete días, ella se despidió de él: "El señor del cielo me ha encargado que vigile los husos. Si me retraso demasiado, temo que me castigue. Pero aunque ahora tengamos que separarnos, ya me reuniré contigo". Y dichas estas palabras, se marchó real y verdaderamente. El boyero echó a correr detrás de ella. Pero cuando ya estaba muy cerca de alcanzarla, la muchacha se quitó una de las horquillas de su pelo y trazó una raya por el cielo. Esta raya fue el río de plata (la vía láctea). Por eso están ahora separados por un río y se contemplan.

Desde entonces se reunen cada año en la séptima noche. Cuando ha llegado el momento, acuden todos los cuervos del mundo y forman un puente por el que la hilandera cruza el río. Este día no se ve un solo cuervo en los árboles, ni por la mañana ni por la tarde. Sin duda la razón es ésta. Además esa noche cae con frecuencia una lluvia menuda; y las mujeres y las viejas se dicen unas a otras: "Son las lágrimas que vierten al despedirse el boyero y la hilandera". Por eso la séptima noche es una fiesta de la lluvia.

Al occidente del río celeste está la constelación de la hilandera, que consta de tres estrellas. Inmediatamente delante de ella están otras tres estrellas en forma de triángulo. Se dice que el boyero se enfadó una vez porque la hilandera no quiso venir y le tiró el yugo, que cayó precisamente a los pies de la hilandera. A oriente del río celeste está la constelación del boyero, que consta de seis estrellas. Un poco más allá hay numerosas estrellas pequeñas, que forman una constelación afilada en los dos extremos y un poco más ancha en el centro. Se dice que la hilandera le tiró el huso al boyero, pero que no habiéndole acertado, el huso quedó algo separado de él.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

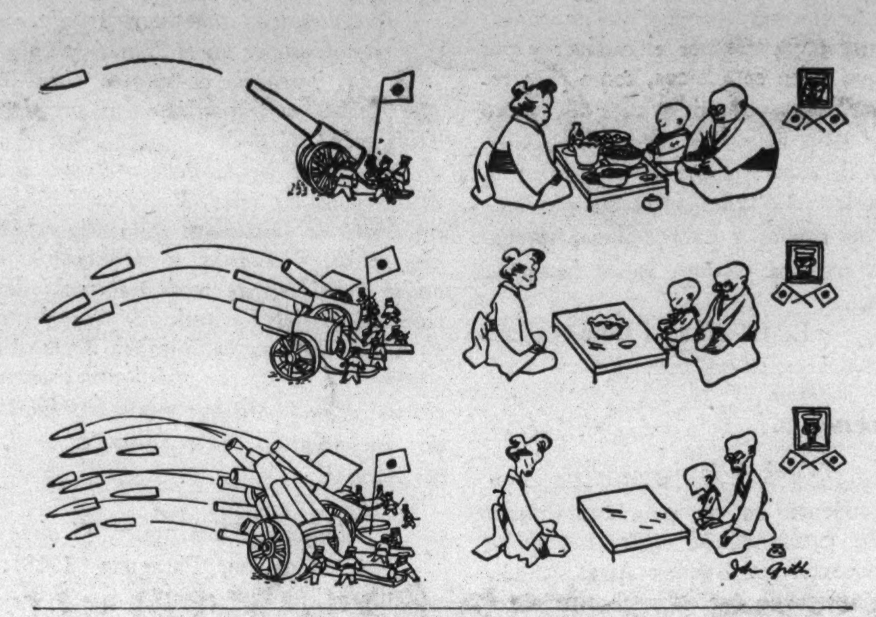
Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre
Nueva York

LIBRARY · PERIODICAL DIVISION · 1938



Erase una vez...

(*Rincón de los niños*)

* * * * * * * * * * * * * * * * * * *

Dos cuentos chinos

= Selección y envío de *V. Y.* Sacados del libro: *Cuentos populares de China* Ediciones de la "Revista de Occidente". Madrid. 1925. =

El pájaro de las nueve cabezas

Hace mucho tiempo eran una vez un rey y una reina que tenían una hija. Un día la hija salió al jardín a pasear. De repente vino una tormenta que la arrastró consigo. La tormenta había sido producida por el pájaro de las nueve cabezas, que robó a la princesa y se la llevó a su cueva. El rey no sabía adonde había ido su hija y así mandó a pregonar por todo el país: "El que me devuelva a la princesa, se casará con ella".

Un muchacho había visto el pájaro cuando se llevaba a la hija del rey a su cueva. Pero la cueva estaba en la mitad de una roca muy alta y muy lisa. No se podía subir a ella desde abajo, ni bajar desde arriba. Cuando el muchacho andaba dando vueltas alrededor de la roca, llegó un hombre que le preguntó qué hacía allí. El muchacho le contó que el pájaro de las nueve cabezas había robado a la hija del rey y la había metido en su cueva. El hombre entonces halló un buen remedio. Llamó a sus amigos y entre todos bajaron al muchacho a la cueva en un cesto. Cuando el muchacho entró en la cueva, vió a la hija del rey sentada lavándole las heridas al pájaro de las nueve cabezas. El perro del cielo le había arrancado de un mordisco la décima cabeza, y la herida seguía sangrando. Cuando la princesa vió al joven, le hizo señas de que se escondiese. Este lo hizo así. El pájaro se sintió tan bien cuando la hija del rey le hubo lavado y vendado la herida, que sus nueve cabezas se durmieron una tras otra. Entonces el joven salió de su escondrijo y con su espada le cortó todas las cabezas. Luego sacó fuera de la cueva a la hija del rey y quiso que subiese en el cesto. La hija del rey dijo: "Sería mejor que subieses tú primero y yo después". "No —dijo el joven— yo quiero esperar aquí abajo hasta que tú estés en seguridad".

Al principio, la hija del rey no accedía; pero acabó por dejarse convencer y subió al cesto. Pero antes, se quitó de la cabeza una horquilla, la partió en dos, le dió al muchacho una de las mitades y se quedó con la otra. También le dió la mitad de su pañuelo de seda, recomendándole mucho que guardase bien las dos cosas. Cuando el hombre que estaba arriba hubo subido a la hija del rey, se la llevó consigo y dejó al muchacho de la cueva, a pesar de sus ruegos y súplicas.

El muchacho se quedó solo en la cueva y empezó a recorrerla. Al cabo de un rato vió a muchas doncellas que habían sido robadas y se habían muerto de hambre. En la pared había un pez clavado con cuatro clavos. Al tocarle, se transformó en un mancebo que le dió las gracias por haberle salvado. Ambos se juraron fraternidad eterna. Poco a poco fué sintiendo el joven un hambre rabiosa. Salió afuera en busca de alimento; pero no había más que piedras. En esto vió de pronto un dragón que lamía una piedra. El joven hizo lo mismo y al punto sintió saciada su hambre. Le preguntó al dragón que cómo podría arreglárselas para salir de esta cueva. El dragón inclinó la cabeza hasta su cola y le hizo señas de que se sentase encima. El joven se sentó en la cola del dragón y, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró en la tierra. El dragón había desaparecido. Siguió andando y encontró una concha de tortuga llena de perlas hermosas. Eran perlas encantadas. Tirándolas al fuego, el fuego se apagaba; tirándolas al agua, las aguas se partían, abriendo paso a pie enjuto. Sacó las perlas de la concha de la tortuga y se las guardó. Poco después llegó a la orilla del mar. Tiró al agua una perla y se abrió el mar; dentro vió al dragón del mar. Este gritó: "¿Quién viene a molestarme en mi reino?" El muchacho dijo: He encontrado perlas en una concha de tortuga y las he tirado al mar; con eso las aguas se han abierto". "Si es así —dijo el dragón— entra conmigo en el mar y viviremos juntos". Entonces el joven reconoció que era el mismo dragón que había visto en la cueva. También estaba con él el mancebo con quien se había jurado fraternidad. Era el hijo del dragón.

"Has salvado a mi hijo y os habéis jurado fraternidad, de modo que soy tu padre" —dijo el viejo dragón. Y le regaló con vinos y manjares.

Un día su amigo le dijo: "Mi padre querrá compensarte. Si lo hace, no tomes oro ni piedras preciosas, sino sólo la calabaza pequeña que hay allí. Con ella podrás hacer todos los encantamientos que quieras". En efecto el dragón viejo le preguntó qué recompensa quería, y él le dijo: "No quiero oro ni piedras preciosas; no quiero más que la calabaza pequeña". Primeramente el dragón no quería dársela, pero al fin se la cedió. Entonces el joven se fue del palacio del dragón.

Al llegar a tierra firme, sintió hambre. En seguida se le presentó una mesa con abundantes y ricos manjares. Comió y bebió. Al cabo de un rato se sintió cansado. En seguida se le presentó un asno y le montó. Después de caminar un rato, el asno le resultó demasiado trotón. En seguida se le presentó un coche, y se subió a él. Pero el coche bailaba demasiado y pensó: "Si tuviera una litera, sería mucho mejor!". En seguida se presentó una litera y se metió dentro. Los portadores le llevaron hasta la ciudad donde estaban el rey, la reina y su hija.

El hombre aquel del cesto había devuelto a la hija del rey y por consiguiente tenía que celebrarse la boda. Pero la hija del rey no quería y dijo: "Este no es el verdadero. Mi salvador vendrá. Tiene por señal la mitad de mi horquilla y la mitad de mi pañuelo de seda". Pero como el muchacho no acababa de llegar y el otro insistía, el rey perdió la paciencia y dijo: "Mañana será la boda!". La hija del rey andaba muy triste por las calles de la ciudad, mirando a ver si encontraba a su salvador. Precisamente aquel día llegó la litera. La hija del rey vio el medio pañuelo en la mano del joven. Llena de alegría, se fué con él a buscar a su padre. Allí tuvo que enseñar la mitad de la horquilla que coincidía exactamente con la otra mitad. Entonces el rey creyó que era el verdadero. El falso novio fué castigado. Se celebró la boda y vivieron contentos y felices hasta el fin de sus días.

El boyero y la hilandera

(*Leyenda celeste*)

El boyero era pobre por su casa. A los doce años entró al servicio de un labrador para pastorear su vaca. Al cabo de unos años la vaca se había puesto gorda y lucida y su pelo brillaba como el oro amarillo. Sin duda era una vaca de los dioses. Un día, mientras pastaba en la montaña, empezó de repente a hablar al boyero, con voz humana, de este modo: "Hoy es la séptima noche. El señor de las nefritas tiene nueve hijas que van a bañarse al lago del cielo. La sexta es hermosa y lista sobre toda ponderación. Hila la seda de las nubes para el dios y la diosa del cielo, y vigila los trabajos de costura que hacen las muchachas en la tierra. Por eso se llama la hilandera. Si vas allí y le robas el vestido, puedes casarte con ella y alcanzar la inmortalidad". "Pero eso es en el cielo —dijo el boyero—. ¿Cómo voy a llegar allá?" "Yo te llevaré" —respondió la vaca amarilla.

(*Pasa a la página anterior*)